



CAPÍTULO 4

LAS LEGIONES DEL IMPERIO

El Leviatán-Padre

Quien quiera entender las ideas que promueve el movimiento neoconservador norteamericano debe remontarse a la era en que Ronald Reagan y Margaret Thatcher derrochaban la tenacidad de los predestinados para salvar al mundo de la amenaza comunista.

Remontándonos al pasado, o siguiendo la corriente en sentido inverso, se encontrarán las huellas de un movimiento cuya etapa de esplendor ya ha pasado. Lo que se muestra a nuestros ojos, bajo la presidencia de Bush Jr., es la penosa decadencia de una obra teatral que se vio temporalmente interrumpida, en su versión original, por la presidencia de Clinton, y que pretendió continuarse a toda costa, y casi con los mismos protagonistas, sin reparar en que el público espectador había perdido el asombro inicial y, de paso, la inocencia.

Lo que bajo Reagan fue novedad y audacia, bajo Bush Jr. es rutina, *remake* y bostezo. Ni las estrellas del espectáculo de los 80 y la presidencia de Bush Sr., al estilo de Elliot Abrams, John Negroponte o Jeanne Kirpatrick, han logrado actuaciones medianamente convincentes en estas segundas partes. Y por si fuera poco, el guión se ha filtrado a la platea, demostrando ser algo muy diferente de la obra maestra que se anunciaba.

Lo que se conoció como “experimento Reagan” fue, en rigor, “[...] una contrarrevolución, después de medio siglo de progresivos esfuerzos federales por estabilizar la economía, asegurar a los individuos contra el infortunio, redistribuir los ingresos y las oportunidades”.¹ Se llevó a cabo cuando el sistema se consideró lo suficientemente fuerte y confiado como para arremeter contra las concesiones temporales hechas a las masas después de la crisis de

1929, la Segunda Guerra Mundial, y el auge de los movimientos obreros y comunista internacionales, que lo pusieron al borde de una crisis decisiva.

Había llegado el momento de ripostar, contratando a un experimentado actor de Hollywood para hacer creíble la trama. Y sobre todo, que gozara del favor popular.

El primer paso para desplegar la estrategia contrarrevolucionaria conservadora fue copar el poder, o lo que es lo mismo, ocupar el Estado y desde allí propiciar un golpe palaciego, un autogol, cuya segunda versión ha sido protagonizada por Bush Jr., tras el 11 de septiembre de 2001.

La misión que se dio a Ronald Reagan, en el plano interno, fue la de dismantelar el estado de bienestar socialdemócrata-keynesiano, reducir todo lo posible las funciones reguladoras y distributivas del propio Estado en beneficio de las grandes corporaciones y, fuera de sus fronteras, detener el avance del movimiento revolucionario mundial, respaldado por el campo socialista y la URSS.

Para poder cumplir tan difícil agenda y construir lo que Thomas Hobbe definió como “Estado-Leviatán”, Reg Whitaker señala en su artículo “Neoconservadurismo y Estado”, que Reagan apeló a un modelo de Estado, el de Seguridad Nacional, que presenta los siguientes elementos distintivos:

- Concentración de poderes militares y otros recursos del Estado.
- Concentración del poder de las fuerzas de seguridad y su capacidad de vigilancia.
- Control de la libertad de expresión, de la privacidad de las personas y recorte de los derechos civiles conquistados durante las luchas de los 60 y 70, bajo pretextos morales.

Para Whitaker, el proceso de construcción del Leviatán-Padre comenzó bajo la presidencia de Franklin Delano Roosevelt, un demócrata, con la justificación de que se necesitaba concentrar mucho poder y alejar las decisiones del escrutinio y la opinión pública, con tal de lograr la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Su cota más alta la alcanzó con el Proyecto Manhattan que culmi-

nó con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Otro demócrata, Truman:

[...] llevó a cabo la transición hacia el Estado de Seguridad Nacional, en tiempos de paz, con la consolidación de la Guerra Fría, a finales de los 40, y fueron los gobiernos demócratas de Kennedy y Johnson los que la desarrollaron aún más mediante intervenciones armadas en Asia y América Latina.²

Este interesante itinerario, demostrativo de que el instinto de conservación del sistema opera de manera bipartidista, culmina con la llegada de Reagan al poder, caracterizada por Whitaker como “[...] nueva fase siniestra de la entrega de los republicanos a la expansión del Estado de Seguridad Nacional”.³

En teoría, el Estado de Seguridad Nacional tiene una tarea esencial ante sí, la primera de todas: la de impedir que sus enemigos, internos y externos, puedan dañar sus intereses, y por extensión, a él mismo. Aunque lo disimule bajo la supuesta protección de intereses nacionales sagrados, o la defensa de sus ciudadanos, lo que provoca la construcción del Leviatán de Hobbes es la defensa del propio Estado ante peligros que pueden frecuentemente rebasar su capacidad de control y respuesta proveniente de sus propios ciudadanos e instituciones internas, antes que de enemigos externos. Hobbes lo expresa con claridad:

[En situaciones de desconfianza mutua] ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre [o un Estado] se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, dominar por medio de la fuerza o por la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarle.⁴

La capacidad del sistema para enfrentar las amenazas reales o ficticias que se alzaban ante él hacia 1981, cuando Reagan es elegido a la presidencia, estaba bastante deteriorada –tras la administración Carter–, lo suficiente como para decretar la Ley Marcial, en secreto, y poner al frente a un hombre que sabía sonreírle a las

cámaras. Siguiendo la lógica de Hobbes, el soberano, y por extensión el Estado-Leviatán que encarna, no tiene que rendir cuentas en la Tierra ante nadie, justo lo que se necesitaba: “La misión del soberano (sea monarca o asamblea), consiste en el fin para el cual fue investido con el soberano poder, que no es otro sino el de procurar la seguridad del pueblo; a ello está obligado por la ley de la naturaleza, así como a rendir cuentas a Dios, autor de esta ley, y a nadie sino a Él”.⁵

Ronald Reagan dio buena cuenta de las indicaciones metodológicas de Thomas Hobbes: jamás dejó de hablar de la seguridad del pueblo americano, ni dejó de mostrarse absolutamente indiferente hacia las opiniones que sus decisiones generasen. De manera similar se comportó siempre Margaret Thatcher.

Los gobiernos neoconservadores controlan a Gran Bretaña desde 1979 y a los Estados Unidos, desde 1981. Con ligeras variaciones folclóricas en la primera, las ideas que figuraron en el programa de gobierno de Reagan fueron:

- Construcción de un “gobierno más limitado”, destinando la mayor parte de los impuestos a la defensa y las fuerzas de seguridad. La primera parte de esta consigna fue útil para la propaganda, pero jamás se llevó a la realidad: en los Estados Unidos los gastos totales del gobierno de Reagan, con respecto al PIB aumentaron en un 2,5% en 1985, con respecto a los años de Carter. La segunda parte se cumplió al pie de la letra: en seis años de gobierno de Reagan, los gastos de defensa y seguridad, con respecto al PIB, aumentaron en un 117%.
- Reducción de los gastos destinados a programas sociales, y más que reducción, crecimiento de estos a ritmos más lentos que los destinados a la defensa y seguridad: mientras estos últimos crecían en un 117%, los primeros lo hacían en un 76,4%.
- Restricción de las libertades democráticas: bajo la presidencia de Reagan se puso de nuevo en vigor la Ley McCarran-Walter de la época del McCarthysmo para prohibir o controlar la entrada de visitantes extranjeros.
- Incremento del secreto en la vida pública y estatal: la aplicación de la Ley de Libertad de Información fue selectiva y, lejos de cumplirse la desclasificación de los documentos públicos, se pro-

- cedió a la reclasificación de muchos de ellos. Se intentó transformar la Ley de Espionaje de 1917 en una normativa para impedir la discusión abierta de asuntos vinculados con la defensa.
- Justificación de las acciones autoritarias, dentro del país y fuera de él, apelando a las amenazas del “terrorismo internacional”.
 - Convocatoria a una cruzada moralizante a nombre de una Mayoría Moral, cuya misión principal era “restaurar la fibra moral americana”. Las principales demandas de esta cruzada eran antiabortistas, antifeministas, antihomosexuales, antipornografía; la obligatoriedad del rezo en las escuelas; la oposición a la música rock, etc., todo lo cual requería una creciente intervención del Estado en la vida privada de los ciudadanos.
 - Se exacerbaron, además, las expresiones más superficiales y chovinistas del nacionalismo, coartada justificativa para la movilización engañosa de la nación contra sus enemigos y rivales exteriores, independientemente de su verdadera magnitud, y respaldo a todas las acciones agresivas e imperialistas, en política exterior. No en vano la era Reagan se ha llamado también “la era Rambo”.
 - Ostentación “escandalosa, por parte de los nuevos republicanos de su riqueza personal”, en el plano interno, y de la fuerza militar y las presiones brutales contra sus enemigos en el plano externo, en una especie de unilateralismo fundamentalista de corte clasista y militar, con el consabido mensaje de que “[...] tras las humillaciones sufridas por culpa del inepto y demasiado pacífico Carter, un hombre fuerte estaba al frente [de los destinos del país]”.⁶ A pesar de esas declaraciones altisonantes, todas las aventuras bélicas de Reagan tuvieron por blanco a enemigos pequeños, naciones devastadas del Tercer Mundo (Nicaragua, Afganistán, Angola, Granada, etc.) donde se podían recoger los frutos de una supuesta invencibilidad del sistema, a relativamente bajo costo.
 - Declaraciones de que “[...] con la ayuda de Dios, antiguo aliado de los Estados Unidos, podremos solucionar y solucionaremos todos los problemas que nos acechan”,⁷ lo cual remite al uso del fundamentalismo religioso con fines políticos.
 - Unión descarnada y cínica entre nacionalismo y autoritarismo, que es la característica central del movimiento neoconservador,

mientras se declaraba, de manera abierta y sin remordimientos, que “la acumulación de capital” es la preocupación o meta final del movimiento, o lo que es lo mismo, que es un movimiento que pretende involucrar a la nación completa en beneficio de su “mejor parte”, o sea, los más ricos. “Lo que distingue al neoconservadurismo de otras estrategias capitalistas –afirma Whitaker– es su defensa sin tapujos de la redistribución a favor de los ricos [hacia arriba], y el consiguiente acento que pone en la coacción, en detrimento de la legitimación”.⁸

Se asume como natural que la desigualdad sea un factor esencial en la estrategia neoconservadora, lo cual la consagra, legitima y hace superflua y antinatural, desde el punto de vista de la propaganda estatal, cualquier acción para hacerla disminuir o erradicarla.

Por lo anterior, se ataca de manera directa y a la luz pública, al sindicalismo, las reivindicaciones salariales, las pretensiones corporativas, a todas las manifestaciones de la sociedad civil que asuman una postura crítica o de lucha contra el sistema. Se acusa a las posturas progresistas o de izquierda como “poco patrióticas o claramente antipatrióticas”.

Mientras se institucionalizaba la coacción sobre los ciudadanos mediante la fuerza del Estado y del mercado, el reaganismo se apropiaba del lenguaje de los derechos y las libertades, en flagrante contradicción hipócrita entre el discurso y la realidad, pero como bien subraya Whitaker, “[...] el discurso político de la tradición anglo-americana no se caracteriza por la claridad filosófica de sus intenciones”.⁹

Lo que Whitaker llama, acertadamente, “la redefinición de los límites” del Estado neoconservador, a partir de Reagan y la Thatcher, y sus características arriba enunciadas, que comportaron, en sí mismas, no pocas innovaciones y cambios en las definiciones y límites clásicos entre Estado y mercado, Estado y capital, progresistas y conservadores, izquierdas y derechas, introdujo una enorme confusión en las filas de los que, por definición, debían oponerse a los programas y planes de ese mismo Estado, reduciendo de manera sensible su capacidad de resistencia y movilización, lo cual benefició, de manera directa, a los neoconservadores. Los efectos de este proceso son aún visibles en nuestros días, pero van retrocediendo pues

—según Whitaker—, se ha logrado cumplir que “[...] la izquierda empezara el difícil proceso de establecer su cartografía”.¹⁰

¿Les parecen conocidas estas características del Leviatán-Padre? ¿Les parece haber escuchado, en los últimos tiempos, mucho más después del 11 de septiembre de 2001, los mismos mantras propiciatorios, el mismo discurso reaganista desenterrado y vuelto a la vida por los conjuros alquímicos del equipo de Bush Jr.? ¿Reconocen los mismos rasgos, el mismo aire familiar que los identifica, desde el ADN neoconservador que comparten?

Para los fines últimos de la teología neocon, da lo mismo el Leviatán-Padre, que el Leviatán-Hijo, que el Leviatán-Espíritu Santo. Da lo mismo el ascenso, la decadencia del imperio, o las ideas que lo nutren, siempre que se incrementen las ganancias de la “parte mejor de la sociedad”, a la que Bush Jr. llamó “mi base”, con cínico desparpajo.

Y tal como hace la *Biblia*, descrito ya el milagro del Génesis, corresponde ahora la anotación detallada, y en verdad algo aburrida, del glorioso linaje de los neocons americanos, de sus ideas, trayectorias, y cargos actuales en la corte de este Mesías texano que ha llegado a nosotros, para salvarnos, no con la Buena Nueva de la redención humana, ni trayendo a la diestra la paloma del Señor, sino halando de una correa a la bestia del Apocalipsis, con el mismo garbo aburrido con que la soldado Lynndie England, de sus legiones en Iraq, arrastraba a un maltrecho prisionero iraquí en Abu Ghraib ante las cámaras, básicamente para divertirse y expresar su frustración, según acaba de declarar el suboficial Paul Arthur —de las mismas legiones—, encargado de investigar los “pequeños excesos” cometidos allí por algunos soldados, siempre, eso sí, por “iniciativa propia”.

El linaje neocon

Existe una definición clásica del término neoconservador, tan clásica que Norman Podhoretz, uno de sus patriarcas, la calificó de cliché en una conferencia leída en el American Enterprise Institute, el 15 de enero de 1996. Según la leyenda, en algún momento y lugar, Irving Kristol, el Gran Mogol del movimiento, pontificó que “[...] un neoconservador es un liberal que ha sido asaltado por la realidad”.¹¹

Es imposible hallar otra frase más exacta para dar, en pocas palabras, el complicado pedigrí de los neocons.

Como suele ocurrir con los movimientos ideológicos tan abigarrados como este, las definiciones que intentan atrapar su esencia son legión, y difieren en la medida que se acercan o alejan de sus posiciones. Veamos algunas:

1- Los neoconservadores son pesos pesados intelectuales pro-guerras y pro-imperio, que han llenado el vacío de la derecha, cuando a la mayoría de los norteamericanos les interesa poco la política exterior. Dominan la política exterior del Partido Republicano porque los demás no nos ocupamos de eso [...]. Influyen también fuertemente sobre el Partido Demócrata, de cuyas filas provienen. Se encuentran cercanos a los social-demócratas europeos, muchos de los cuales, tras el colapso del comunismo, apoyan las guerras intervencionistas.

Son el cerebro del Partido de la Guerra. Están bien organizados, muy bien financiados, y se concentran [en su programa]. Sus miembros saben bien lo que quieren: instaurar el Imperio Americano, que los gastos militares alcancen el nivel logrado durante los años de la Guerra Fría, mucho armamento nuevo, y una política global que proyecte a los militares americanos a lo profundo de Asia y a todos los demás puntos intermedios.¹²

2- Los conservadores tradicionales favorecían la fuerza militar y tenían un concepto estrecho de los intereses nacionales, mientras que los liberales eran devotos y se inclinaban hacia los ideales abstractos. Los neoconservadores tienen algo de ambos: son halcones, pero también defienden los derechos humanos y los principios del orden mundial.¹³

3- Los neocons se caracterizan por creer que los Estados Unidos no deben avergonzarse por usar su poder indisputado, de manera abrumadora si es necesario, para promover sus valores alrededor del mundo. Algunos hablan, aun, de la necesidad de establecer un imperio americano. Los neocons creen que las amenazas que actualmente enfrenta su país no deben solo ser contenidas, sino evitadas, incluso, mediante el uso de acciones militares preventivas.¹⁴

- 4- Los neoconservadores son un producto del antiguo movimiento judeo-trotskyista norteamericano de los años 30 y 40, que se metamorfoseó en comunista-liberal, entre los 50 y los 70, y finalmente, se transformó en una variante del militarismo imperialista de derecha.¹⁵
- 5- El neoconservatismo es una filosofía política secular que expresa la reacción de un grupo de antiguos liberales ante lo que creían era la política de apaciguamiento hacia la URSS, del Partido Demócrata, motivada, sobre todo, por el tratamiento que se daba en aquel país a su población judía y por sus relaciones con el mundo árabe. Era un grupo pequeño, pero influyente, formado por escritores, comentaristas y funcionarios gubernamentales.¹⁶

No es difícil imaginar un movimiento como el de los neoconservadores naciendo por inseminación artificial en los años de la Guerra Fría, amamantado en sus primeros días por los generosos donativos de las agencias de inteligencia norteamericanas y las grandes corporaciones, a través del laberinto conservador de los tanques pensantes y las fundaciones filantrópicas.

No es difícil tampoco definir a un movimiento como este, nutrido de conversos y apóstatas del movimiento obrero y comunista internacional, como un Caballo de Troya utilizado para penetrar, dividir y derrotar a ese mismo movimiento, de la misma forma que, para tales fines se han utilizado y financiado, bajo cuerda, a otras tendencias similares.

No es difícil intentar caracterizarlo como un destacamento de guerra asimétrica, una especie de Legión Extranjera contra las ideas progresistas, liberales y de izquierda, sirviéndose para ello de oportunistas y desertores, cuya prédica va dirigida a desmoralizar a sus oponentes a través de constantes llamados a la desertión, más o menos la misma labor que realizaban en las guerras de independencia cubana las contraguerrillas formadas por desertores del campo rebelde, al servicio del colonialismo español.

Analogías aparte, para entender al movimiento neoconservador norteamericano, que es la fuerza organizada que ha nutrido de cuadros al gobierno de Bush Jr., y le ha dado la escalofriante coherencia ideológica que ostenta, a pesar de las incoherencias y vacuidades

del presidente, es imprescindible remitirse a su historia, aunque esa disciplina actúe en los neocons a la manera del agua bendita sobre los vampiros.

Adam Wolfson, editor del *The Public Interest*—considerado por muchos uno de los órganos principales del movimiento—, es una voz autorizada para desentrañar los orígenes los neocons, al menos, para transmitirnos cómo estos imaginan su propio alumbramiento, y la mitología que sueñan para sus primeros pasos. A ello dedicó, en el invierno de 2004, un artículo titulado “Conservatism and Neoconservatism”.

Para Wolfson, es parcialmente correcta la afirmación que Irving Kristol plasmara en 1995 en su libro *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, algo así como el *Mein Kampf* de los neocons, acerca de que “[...] lo que puede ser descrito como el impulso neoconservador fue [...] un fenómeno generacional, y ha sido ya lo suficientemente incorporado dentro de un movimiento más amplio, que es el propio movimiento conservador”,¹⁷ a lo que Wolfson añade: “[...] más que un fenómeno generacional [y en consecuencia, transitorio], el neoconservatismo es una de las principales tendencias dentro del conservatismo, tomado este como un todo”.¹⁸

Si aceptamos la afirmación de Wolfson, debemos preguntarnos, ¿cuáles son las otras tendencias que conviven con los neocons dentro del movimiento conservador americano?

El contorno básico del neoconservatismo es apreciable cuando se le compara con sus dos rivales conservadores fundamentales: los libertarios y los tradicionales [...]. Generalmente hablando, los tradicionalistas miran hacia Edmund Burke, los libertarios hacia Frederick Hayes, y los neocons hacia Alexis de Tocqueville [...]. Aquellos de nosotros que se quejan de la vida moderna americana y encuentran solaz en el pasado, pertenecen a los tradicionalistas. Aquellos que celebran las nuevas libertades y las nuevas tecnologías, pertenecen a los libertarios. Y los que ven en la modernidad principios admirables, pero también tendencias preocupantes, son los neoconservadores.¹⁹

Empecemos por caracterizar a los tradicionalistas, conocidos como “trads”, los miembros más antiguos de la familia conservadora norteamericana:

- Tras la Segunda Guerra Mundial, un grupo de importantes pensadores conocidos como “nuevos conservadores” intentaron unir las ideas de Edmund Burke a la vida pública norteamericana. En la obra *The Conservative Mind*, escrita en 1953 por uno de ellos, Russell Kirk, es apreciable el intento de llevar al pensamiento conservador norteamericano, desde su variante filosófica burguesa, de raíz lockeana, a su variante aristocrática, cercana a las posiciones contrarrevolucionarias de Burke, con lamentos al estilo de “[...] la edad de la caballería ha pasado”²⁰ y las denuncias “[...] al nuevo imperio de la razón y la ilustración”,²¹ condensadas en su obra *Reflections on the Revolution in France*.
- El regreso a Burke, protagonizado por Kirk y sus aliados, no era gratuito. En el terreno de la política internacional, este propugnaba “el principio de intervención”, por el cual “los Estados tenían el derecho de intervenir en otros Estados, si consideraban que en ellos se estaba pervirtiendo el orden natural, dando lugar a la anarquía, la tiranía, y el desorden”,²² tal como Burke decía que había ocurrido en la Francia revolucionaria.
- El anhelo de detener, reconsiderar y, quizás, hacer retroceder [a la sociedad norteamericana, en el tiempo] –apunta Wolfson–, se mantenía vivo entre estos círculos conservadores, lo cual se reflejaba en la defensa de la familia tradicional, el cultivo de sus virtudes y la sensibilidad religiosa. Es típico de este punto de vista acusar al gobierno federal de usurpar las prerrogativas de las localidades. El ideal era regresar a un país de pueblos pequeños y de comunidades muy vinculadas entre sí.²³
- Para Kirk, seis eran los grandes temas del pensamiento conservador norteamericano, según lo reflejó en su obra *La mentalidad conservadora en Inglaterra y los Estados Unidos*:

[...] la creencia de que un destino divino rige la sociedad y la conciencia humana; la lucha por la pluralidad tradicional frente a la uniformidad del igualitarismo moderno; la convicción

de la necesidad de la jerarquía; la defensa de la tradición; la creencia de que la propiedad y la libertad son indisolubles; la idea de que cambio y reforma no son cosas idénticas. [Para finalizar] la afirmación de que Dios instituyó un orden que debe ser respetado.²⁴

Ante estas posiciones de los tradicionalistas, viene a la mente la definición clásica que Abraham Lincoln brindase sobre el conservatismo, en discurso pronunciado el 27 de febrero de 1860: “¿Qué es el conservatismo, sino lo viejo y ya intentado, que se opone a lo nuevo y no intentado aún?”²⁵

El órgano difusor de las ideas “trads”, en sus inicios, fue la *National Review*, donde Kirk tenía una columna semanal. El primer editorial de la revista fue escrito en 1955 por William F. Buckley, y tal como Wolfson lo describe, fue un “llamado a las armas” para decir: “*Stop*”.

Cercanos en algunos aspectos a los “trads”, pero alejados en otros, sin llegar a constituir una corriente dominante dentro del movimiento conservador norteamericano, existe una especie de iglesia fundamentalista disidente, y como todas las de su tipo, pequeña, pero muy activa. Este grupo es conocido como “paleoconservadores”. A los efectos del presente análisis, debemos examinarlos como una derivación de los “trads”. Sus características son:

– Según Wolfson:

Los “paleos” desprecian muchos aspectos de la vida moderna norteamericana y pretenden moverse más allá del debate político contemporáneo.

Se dieron a conocer en los 90, cuando Patrick Buchanan intentó transformar el Partido Republicano de acuerdo a esas ideas: no para restaurar el viejo ideal conservador, sino para iniciar la reforma de la derecha.²⁶

– Buchanan se declaraba anti-mercado libre y antiglobalización, en la economía; antiemigrantes y antiaborto, en la vida social, y aislacionista, en política exterior. “Declaró una guerra reli-

giosa por ganar el alma y el corazón de la nación. Se le consideraba un intento quijotesco”.²⁷

- En asuntos tales como la conveniencia de la igualdad social y política, o el derecho humano a pensar, “[...] los “paleos” revelan una exhuberancia iconoclasta que se encuentra raramente en la derecha de post-guerra. Su espíritu es cercano a Nietzsche y como este, se mueven tras los ídolos democráticos, movidos por el desdén hacia lo que creen deshumanizador”.²⁸

El órgano de difusión de los “paleos” ha sido la revista *Chronicles: A Magazine of American Culture*, del editor Thomas Fleming, quien se ha dedicado a la sociobiología, la teoría evolucionista y la antropología, para propiciarle un “renacer” a la derecha. Entre sus teóricos se encuentran Paul Gottfried y Samuel Francis.

Los libertarios o “libs”, como también se les conoce, constituyen la tendencia dominante dentro del espectro conservador norteamericano. A diferencia de los “trads” y los “paleos”, los libertarios consideran que su ámbito natural es el mundo moderno, y en consecuencia, no luchan por el retorno a ninguna época dorada del pasado. Sus rasgos distintivos son:

- Se consideran sucesores de John Locke, Adam Smith, John Stuart Mill, Frederick Hayek y Milton Friedman, por lo que, como indica Wolfson, “[...] creen actuar dentro de una línea progresista y luchan por expandir, todo lo posible, las libertades económicas y las oportunidades individuales. Se oponen a todas las regulaciones, sean de índole económica o moral”.²⁹ Esta posición crea en los “libs” el espejismo de que no son conservadores, como se resume en la afirmación de Friedman de que no era un conservador, sino un liberal del siglo XIX.
- Los “libs” son especialmente activos en la oposición a los gobiernos grandes y fuertes. Uno de sus clásicos lo constituyó la obra de Hayek *The Road to Serfdom*, escrita en 1944, como respuesta al auge del nazismo alemán, el socialismo soviético, y “[...] a todos los intentos de planificación económica”.³⁰ Para Hayek, la libertad política y personal dependen de la libertad en los asuntos económicos, por lo que, incluso, los

- estados de bienestar de los Estados Unidos y Europa conducirían “[...] al eclipse de la libertad”.³¹
- La crítica al estado de bienestar de los “libs” es menos romántica, más analítica y política que la que realizan –con el mismo objetivo–, los “trads”, y es la adoptada por los tanques pensantes conservadores más importantes, al estilo del Cato Institute, el American Enterprise Institute y la Heritage Foundation. “[...] Su portavoz principal fue Newt Gingrich, vocero de la Cámara de Representantes en 1994. [...] El llamado ‘Contrato con América’ del Partido Republicano llamaba a [...] terminar con el gobierno que sea demasiado grande, demasiado intruso y demasiado ligero con los dineros públicos”.³²
 - El consejo que brindan los “libs” cuando critican a los gobiernos grandes y fuertes es aprender de la eficiencia de las corporaciones privadas. Gingrich lo definió en su discurso inaugural al asumir como vocero de la Cámara: “Aprendamos del sector privado [...], de la Ford, de IBM, de Microsoft”.³³ Tales declaraciones, en opinión de Wolfson, “[...] traslucen el amor que sienten los “libs” por todo lo relacionado con las nuevas tecnologías: ellos creen que el gobierno puede modernizarse con las tecnologías electrónicas, así como garantizar la felicidad de las personas mediante la biotecnología”.³⁴

Pero como suele ocurrir, todas estas son divisiones convencionales, que en la vida de personas concretas se solapan, y jamás actúan en estado puro. Veamos, a través de la biografía y la visión personal de un neocon, cómo interactúan estas ideas.

El Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Berkeley desarrolla un programa de entrevistas grabadas con personalidades políticas del país, conocido como “Conversaciones con la Historia”, que generalmente es conducido por Harry Kreisler. El 25 de abril de 1990 Kreisler entrevistó a William A. Rusher, dentro de la serie “El movimiento conservador”. La elección no era casual: Kreisler era un destacado columnista y figura de la televisión, conocido como conductor del programa “The Advocate”, editor por 31 años de la *National Review*, y autor de numerosos libros, entre ellos *The Rise of the Right*.

Al ser entrevistado, Rusher explicó así el surgimiento del movimiento conservador, desde su perspectiva personal:

El movimiento conservador se inicia a principios de los 50, con sus tres componentes esenciales. Estaban los libertarios y la Escuela Austriaca de Economía, seguidores de Von Mises y Hayek. Estaban los tradicionalistas de Burke, seguidores de Russell Kirk [...] mi llegada al campo conservador fue a través del anticomunismo. El “anticomunismo operativo” fue el tercer elemento tributario del movimiento conservador norteamericano. Allí se encontraban todos los que se oponían a la URSS, y tomaban la controversia muy en serio, sobre todo en el terreno filosófico, creyendo que el Partido Comunista representaba un problema para el país, tanto como en lo internacional.³⁵

La interesante revelación de Rusher introduce un elemento nuevo en el estudio del movimiento conservador norteamericano, el del anticomunismo, sobre el cual no se habla, o se menciona de soslayo, vergonzantemente. Mientras se hace énfasis en las diferencias de matices entre “libs” y “trads”, se obvia, con toda intención, el anticomunismo que comparten.

Rusher reconoce que las ideas de libertarios y tradicionalistas fueron importadas, y que el propio anticomunismo, en gran medida, también lo fue:

La mayoría de los anticomunistas más notables eran refugiados de Europa del Este, aunque también muchos eran norteamericanos. Un gran número había sido comunista, como Whitaker Chambers y Frank Meyer. James Burham nunca fue comunista, sino un trostkysta muy prominente. Pero el anticomunismo llegó después, en el terreno intelectual, como respuesta a la revolución y al mundo comunista, al que se opusieron a ultranza [...] yo me hice amigo de Robert Morris, quien era jefe del Consejo del Subcomité de Seguridad Interna, y me pidió que fuera su asociado, así que me convertí en un anticomunista operativo, activo, en el sentido de la batalla [...]³⁶

El carácter batallador, agresivo, que hoy ostentan los neocons proviene, en gran medida, de esa marca anticomunista que porta desde su origen el movimiento conservador norteamericano; de esa conciencia de que tiene enemigos que combatir, e ideas que imponer, para lo cual ha escogido el campo de batalla nacional, y también, el internacional.

Las formas en que los neocons expresan este pecado original son disímiles, pero es apreciable en ellos un recurrente sentido fundamentalista, de desprecio a las razones y la lógica de sus oponentes, de creencia fanática en sus propias verdades, más allá de los datos de la realidad. En gran medida, los neocons son clones reciclados de las luchas ideológicas de la Guerra Fría, que han sido capaces de evolucionar para subsistir en las condiciones del mundo post-muro de Berlín.

Precisamente, fue el derrumbe del campo socialista, y en especial la desaparición de la URSS, lo que dio coherencia al movimiento neoconservador y brindó todas las oportunidades para que hiciese su entrada triunfal en la escena política norteamericana, y en consecuencia, en la arena mundial.

Quince minutos de fama

Tres momentos históricos se encuentran inscriptos, con toda seguridad, en las páginas doradas del movimiento neoconservador, en sus brevariarios y libros de horas destinados a los neófitos recién captados para la fe: la caída del muro de Berlín, la llegada a la presidencia de George W. Bush, y el 11 de septiembre de 2001.

En esta Santísima Trinidad se resume el ascenso, apogeo y declive de los neoconservadores. Nunca antes, en la larga historia de la humanidad, un movimiento político experimentó un ascenso tan arrollador, logró reunir en sus manos tanto poder en el epicentro mismo del poder mundial, ni lo retuvo más fugazmente, arrastrado por el desmoronamiento y la desintegración de su organismo anfitrión, el gobierno de Bush Jr.

“Mucha gente que se concentraba alrededor de ese círculo [el del *Weekly Standard*, órgano de los neoconservadores] alertaron, tras la caída del muro de Berlín, que no debía hacerse una pausa

estratégica, y que no era el momento adecuado para tomarse unas vacaciones históricas”.³⁷

Así definía Max Boot, uno de los editores del *Weekly Standard*, la situación creada ante la derecha tradicional conservadora norteamericana, mientras su enemigo tradicional desaparecía. Todas sus estrategias e ideas, de un momento para otro, quedaban en la arena político-ideológica sin referencias, desorientadas, obsoletas. Había llegado el momento de los neocons, sus 15 minutos de fama.

Y precisaba:

Mucha de esa gente alertaba acerca de los grandes peligros que nos esperaban en el futuro, y que la única manera que tenían los Estados Unidos para sortearlos era asumiendo el liderazgo mundial, tal y como hizo después de 1945. Ellos alegaban que no podíamos abandonar nuestros deberes ante el mundo, como hicimos en 1919, sin pagar un precio terrible.³⁸

El olfato empresarial de los neocons, obtenido por sus relaciones carnales con las grandes corporaciones que los financian, les indicaba que ante aquel vacío había llegado el momento para el que se habían preparado. Debutaban pretendiendo tener las fórmulas políticas y las nuevas ideas que reclamaban los nuevos tiempos. Llegaban hablando alto, con el aplomo de los salvadores que aparecen en el momento preciso:

Los republicanos sabíamos cómo hacer política en los años que median entre 1968 y 1991 –reconocía David Frum, miembro del American Enterprise Institute, periodista y redactor de los discursos del presidente Bush Jr.–. Nosotros sabíamos cómo luchar en aquellos años, cuando la gente temía al ascenso de la criminalidad, el problema principal era la inflación, y los soviéticos avanzaban. Pero el mundo cambió, y nosotros no lo hicimos. El castigo que recibimos por no cambiar, fue la pérdida del propio poder, no saber qué hacer ante ello, y al final, tropezar.³⁹

Norman Podhoretz, con el cinismo que lo caracteriza y da brillo a su prosa, con los tintes postmodernos que nadie se imaginaría a su avanzada edad, reconocía de manera simplista que defendiendo a los Estados Unidos en la Guerra Fría, se hicieron proamericanos y antisoviéticos.

Pero el mundo, tras la desaparición de la URSS, resultó mucho más complejo de lo que alguien como Podhoretz podría suponer, a pesar de ser uno de los gurúes de los neocons.

La pérdida de un enemigo exterior bien identificado, durante la Guerra Fría, que había servido como aglutinador perfecto de la derecha norteamericana, lejos de favorecerla, provocó una peligrosa atomización, que los neocons trataron de resolver con su debut:

Un pequeño grupo dentro de la derecha [los neocons] afirmaba que la misión no estaba cumplida, solo porque se había producido el colapso del comunismo —expresaba Max Boot—. El mundo no es todavía un lugar seguro para la democracia. Los peligros seguían acechando afuera [...]. Pienso que, en los 90, esa era la opinión de una minoría dentro del Partido Republicano, de hecho, era también minoritaria dentro de la propia administración Bush, hasta el 11 de septiembre. Esos ataques cambiaron las cosas, de la misma forma que el 7 de diciembre de 1941 [Pearl Harbor] lo cambió todo.⁴⁰

¿No es interesante observar la manera en que se produjo el ascenso y la llegada al poder de este pequeño grupo de ideólogos? Su imposición dentro del espectro ideológico norteamericano, incluso, dentro de la propia derecha conservadora, ¿no recuerda, acaso, la emergencia de un tipo de fuerza fundamentalista, como la del fascismo alemán, que se impone mediante una agenda despiadada, sin matices, de ideas simplistas repetidas hasta el infinito; que exige sumisión, antes que coherencia; que no admite tonos diferentes a los propios, y que apela al terror intelectual para prevalecer sobre sus oponentes y críticos?

“La brecha abierta en la ideología conservadora y el desplazamiento de los genuinos herederos del conservatismo contrarre-

volucionario de Edmund Burke, tienen el cariz de un secuestro de la ideología conservadora por parte de un pequeño grupo de ideólogos neocons⁴¹ –afirma Eduardo Arroyo.

Este secuestro fue sospechosamente propiciado también por los secuestradores terroristas del 11 de septiembre. Cualquier detective, al estilo de Adrian Monk, Colombo o Perry Mason no hubiese tardado en preguntarse: “¿A quién benefició el crimen?”

Norman Podhoretz parece responder con una afirmación rotunda, escrita en su libro *Making It*: “Un escritor aspira a la coherencia y al orden: coherencia para sí y orden para el mundo”.⁴²

Un interesante artículo de James Zogby, presidente del Arab American Institute, publicado en el *mediamonitors* del 1º de julio de 2003, bajo el sugestivo título de “How The Neo-Cons Operate” permite intuir la forma en que los neocons han obtenido la coherencia para sí y propiciado el orden para el resto del mundo. En opinión de Zogby, el *modus operandi* neocon se basa en:

– El secreto y la premeditación:

Dentro de los éxitos cosechados por el neoconservatismo se encuentra el haber desatado la guerra en Iraq, pero fue precisamente ese éxito el que lo ubicó bajo el escrutinio de la opinión pública. Inicialmente se dedicaron a copar revistas y tanques pensantes conservadores, y a buscar posiciones claves en la administración Bush, en puestos relacionados con la política exterior, creando una red pequeña, pero influyente, de columnistas y comentaristas que logró condicionar el debate político, dentro del Gobierno y fuera de él.⁴³

– El carácter cerrado que caracteriza los clanes endogámicos: “Ellos están conectados entre sí por matrimonios, porque fueron juntos a la escuela, comparten los mismos empleadores, [...] o simplemente, porque son vecinos [...]”.⁴⁴

– Un superobjetivo compartido: “La piedra angular del pensamiento neoconservador radica en la creencia de que los Estados Unidos deben dominar al mundo, en lo político y en lo militar, tras el fin de la Guerra Fría”.⁴⁵

– La influencia filosófica de Leo Strauss y sus discípulos:

Las tres nociones esenciales que emergen [derivadas de la influencia de Strauss] son:

- a) El papel de las elites: Las verdades esenciales sobre la sociedad humana y la historia deben ser del dominio solo de las elites [...].
- b) El engaño como diplomacia: Los filósofos deben mentir piadosamente no solo al pueblo, sino también a los poderosos a los que sirven.
- c) La necesidad de tener una amenaza exterior: Strauss pensaba que un orden político estable solo es posible si la unidad proviene del enfrentamiento a una amenaza exterior.⁴⁶

No es difícil entender cómo, después del 11 de septiembre de 2001, este pequeño, pero combativo grupo de doctrinarios, logró que Bush Jr. cayese rendido en sus brazos: era el destacamento mejor organizado, mejor pagado, y más coherente de todos los que podían aconsejarlo en la inusual coyuntura en que los ataques terroristas lo habían situado. Su fuga hacia delante requería de ciertos visos de legitimidad ideológica, de cierta rotundidad y un tono agresivo, de bravucón de barrio, lo más alejado de lo políticamente correcto que se pudiera.

Todos estos requisitos eran reunidos, con creces, por los neocons. La simbiosis no tardó en establecerse.

“Los ataques terroristas hicieron que la administración Bush se acercase, como nunca antes, a la política exterior que preconizaban los neocons”⁴⁷ –se corrobora en el artículo del *Christian Science Monitor*.

¿Cómo es el mundo futuro que imaginan los neocons, cuya visión le fue tan útil a un gobierno acorralado como el de Bush?

Los neocons profetizaban un mundo futuro donde los Estados Unidos fuese el superpoder indisputado, inmune a las amenazas –precisa el artículo “What do Neoconservatives Believe?”–. Ellos creían que los Estados Unidos tenían la responsabilidad de actuar como “un hegemón global bené-

voló”. En dicha capacidad, la nación debía actuar como un imperio que garantizase la creación de gobiernos democráticos, económicamente liberales, capaces de reemplazar a los “Estados fallidos” u opresivos que amenazan a los Estados Unidos, o a sus intereses[...].

Cada régimen hostil a los Estados Unidos, o que se suponga sea una amenaza, deberá ser confrontado agresivamente, y no “apaciguado” o contenido. Las fuerzas militares del país deberán ser reconfiguradas para adquirir gran flexibilidad y capacidad de despliegue rápido, y se deben aumentar los gastos para la defensa, especialmente en armamentos de precisión y alta tecnología, capaz de ser usado en ataques preventivos [...]. Se deberá trabajar de conjunto con los organismos internacionales, al estilo de la ONU, siempre que sea posible, pero ello no debe jamás limitar las acciones encaminadas al logro de los objetivos propuestos, cuando sea necesario.⁴⁸

En efecto, aquellas declaraciones debieron sonar como acordes celestiales a los oídos del Emperador, tan vapuleado ese otoño de 2001.

Los neocons fueron definitivamente aceptados a bordo del carro imperial, convirtiéndose en la Guardia Pretoriana de Bush Jr.

La ofrenda de los Reyes Magos

No se entra a formar parte de un gobierno ultrapragmático, como son todos los gobiernos de los Estados Unidos, sin traer en las manos, de manera bien visible, las ofrendas políticas correspondientes. Los neocons llegaron con las manos llenas, en el momento preciso, como se cuenta de los Reyes Magos que viajaron hasta Belén para agazajar al Mesías recién nacido.

Las ofrendas neocons fueron espléndidas y sumamente útiles, a diferencia de lo que se suele, en ocasiones, regalar. Sus Reyes Magos colmaron al gobierno de Bush Jr. de lo que este carecía y desesperadamente buscaba: coherencia, rigurosa disciplina ideológica, visos de legitimidad, y un linaje medianamente presentable.

Lo que los gobiernos de Reagan y Margaret Thatcher combatieron con denuedo, en sus sociedades y el resto del mundo, bajo

la acusación de “permisividad”, al momento de tomar el poder Bush Jr. y hasta el 11 de septiembre de 2001, continuaba obstaculizando el despliegue de las políticas neoconservadoras definitivas que debían meter en cintura a las naciones e implantar el orden interno y mundial soñado desde siempre por el gran capital.

Aquello a lo que llamaban “permisividad” los arquitectos del Gran Leviatán, y también los neocons, sus entusiastas continuadores es, ni más ni menos, lo que los demás mortales conocemos como derechos civiles, sociales, económicos, culturales y políticos, logrados por los pueblos tras arduas luchas. Para lograr combatir a tan “perniciosa” tendencia, tanto Thatcher como Reagan apelaron a la intimidación interna, a la proclamación de que se encontraban en peligro los altos intereses de la seguridad nacional, y los llamados “viejos valores”. Con singular maestría Norman Tebbit, uno de los ideólogos conservadores británicos de la Thatcher, definió los males de la “permisividad social”:

El mal arte valía tanto como el bueno. La gramática y la ortografía ya no eran importantes. Ser limpio no era mejor que ser sucio [...]. La vida familiar era ridiculizada como un concepto burgués pasado de moda. Los criminales inspiraban tanta simpatía como sus víctimas. Muchos hogares y aulas abandonaron la disciplina –si nada era bueno o malo, no podía haber un fundamento para castigar o recompensar–. La violencia y la pornografía blanda fueron aceptadas en los medios de comunicación. Estos vientos fueron sembrados, y ahora estamos recogiendo tempestades.⁴⁹

Lo que se proclamaba por los 80, en medio de la ofensiva conservadora anglo-americana, era que los conservadores tenían la misión sagrada y la posibilidad, como partido y tendencia política, de erradicar la “sociedad de la permisividad”, y que debían hacerlo porque “[...] la defensa de la libertad implica la defensa de los valores que hacen que la libertad sea posible, sin que degeneren en libertinaje”.⁵⁰

De tales declaraciones de principios, los conservadores pasaron al despliegue de políticas abiertamente represivas. Sus herederos, los neoconservadores, también lo son, a tal grado que Whitaker lo recuerda al precisar que “[...] el nacionalismo y el autoritarismo enmarcan el proyecto neoconservador”.⁵¹

Nacionalismo y autoritarismo fueron excelentes ofrendas de los neocons al bushismo. La prepotencia y el cinismo de las declaraciones políticas internas y externas de Bush y sus funcionarios provienen de lo que Whitaker define como rasgo distintivo del neoconservatismo, en relación con otras tendencias similares de la misma familia: “Lo que [lo] distingue de otras estrategias capitalistas es su defensa sin tapujos de la redistribución a favor de los ricos y el consiguiente acento que pone en la coacción en detrimento de la legitimación”.⁵²

El despliegue de políticas represivas, dentro del país y fuera de él, contrariamente a lo que proclaman los neocons al referirse a la necesidad de limitar el Estado al máximo, exige un gobierno cada vez más fuerte y agresivo, alejado de cualquier veleidad redistributiva, lo que constituye otra ofrenda propiciatoria. George Gilder, uno de los ideólogos del reaganismo, lo definió así: “Al enfrentarse a los problemas de la pobreza, uno también debe olvidar la idea de vencer la desigualdad mediante la redistribución”.⁵³

Whitaker reconoce, acertadamente, que el primer paso para este “olvido” debe ser despejar de política al ámbito del mercado, para lo cual son sumamente útiles “[...] altos niveles de desempleo, la racionalización que tiende a hacer disminuir las reivindicaciones salariales y el activismo sindical [y] renunciar a cualquier pretensión de corporativismo [...]”.⁵⁴

Pero aunque abogaban por mantener y ampliar, en lo posible, las desigualdades clasistas, incluso, consagrándolas como insolubles y eternas, los neocons aportaron también un enfoque que fue bienvenido dentro de un tipo de gobierno como el de Bush Jr., necesitado de apoyo interno para el despliegue de su agenda política: el de la necesidad de unidad nacional y patriotismo para enfrentar los desafíos de la era postmoderna.

En resumen, los neocons regalaron también a Bush una lógica y un discurso que intentaban suplir las desigualdades sociológicas y económicas con un aglutinante de índole moral y nacionalista; con la retórica de la unidad nacional por encima de las diferencias derivadas de la posición que se ocupe en los esquemas de producción y reproducción social.

Durante una conferencia ofrecida, en febrero de 1992, en el American Enterprise Institute (AEI), Thomas Pangle—profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Toronto—, afirmó: “Hoy

el Estado nacional se halla en una difícil situación, fundamentalmente en la esfera moral. Incluso en los Estados Unidos y otros países similares, donde el patriotismo y la unidad nacional continúan siendo relativamente fuertes, las fuerzas del localismo y el globalismo constituyen desafíos morales a la unidad nacional”.⁵⁵

Una sociedad como la norteamericana que –según los planes del gobierno de Bush Jr.–, debía apoyar una política exterior agresiva y expansionista, necesitaba ser primero convencida de que los sacrificios que esto representaría hallarían sentido y recompensa en los marcos de su propio sistema. Los neocons acunaban la paternidad del espejismo y el bushismo se apresuraba a recoger el providencial regalo:

Para pedir a sus miembros el afrontar riesgos o sacrificios –apuntaba el profesor Pangle ante el selecto auditorio del AEI–, una sociedad debe ser capaz de ofrecer algo que trascienda el interés o la seguridad colectiva [...].

Una sociedad que demande sacrificios debe presentarse como un todo en el cual el individuo podrá encontrar significado para su vida y una permanencia que trascienda su ser mortal.⁵⁶

La conclusión a la que arribó Pangle en su conferencia fue sencilla y elocuente, todo lo sencilla que exigía su auditorio, y todo lo elocuente que esperaba de su conferenciante el American Enterprise Institute: “Me inclino a considerar que, mientras los problemas transnacionales y las autoridades multilaterales constituidas para lidiar con tales problemas serán más poderosos en los años venideros, los Estados nacionales continuarán siendo más decisivos que cualquier organización supranacional”.⁵⁷

¿No es cierto que tales profecías se vieron milagrosamente cumplidas durante la etapa preparatoria para la guerra de Iraq, cuando el gobierno de Bush pidió sacrificios a los norteamericanos, el Estado se erigió en la instancia de salvación nacional, la ONU fue echada a un lado –como herramienta inútil para lidiar contra la amenaza del terrorismo–, y una arrebatada ola de patriotismo recorrió la Union, de costa a costa, con un fondo de banderitas estremecidas?

Pero valorar solo por su utilidad política inmediata las ofrendas realizadas por los Reyes Magos neocons ante el pesebre fraudulento donde Bush Jr. abrió sus ojos al poder imperial, sería un craso error. En realidad, resultaron ser mucho más útiles, lo que se comprende al analizar opiniones como las de George F. Will, ganador del premio “Francis Boyer”, del American Enterprise Institute, en 1995.

El 6 de diciembre de 1995 le correspondió a Geoges F. Will impartir una conferencia titulada: “The Cultural Contradictions of Conservatism” durante la Cena Anual del American Enterprise Institute. Con gran sentido de la oportunidad, el texto íntegro fue publicado el 1 de enero de 2000, en la web de la AEI.

“Hoy el conservatismo se pregunta si un gobierno grande es una necesidad o una contingencia en un gran país que ostenta una gran economía [...]”⁵⁸ –inició Will su razonamiento, en lo que, a primera vista no prometía ser más que la repetición del tradicional ataque neocon contra el Estado. Pero pronto los disparos apuntaron hacia otra dirección, y confirieron a sus palabras la importancia que, tal vez, no le concedieron los asistentes a la Cena Anual, previsiblemente ocupados en atacar al salmón:

Estamos en el último mes de un año de intenso debate sobre nuestra organización nacional, el más intenso en los últimos 62 años, desde 1933. En esa fecha, el New Deal aceleró la ya cambiante relación existente entre el ciudadano individual y el gobierno central. Desde entonces, el gobierno se ha vuelto omnipresente en nuestra sociedad, aspirando también a ser omniprovidente. Mientras transcurría ese proceso, el gobierno ha sufrido una debilitante pérdida de legitimidad [...].⁵⁹

La principal preocupación de Will, de los neocons, y de sus anfitriones del AEI era fundamentar la crítica de lo que este llamó “[...] tendencias políticas de este siglo en los Estados Unidos”,⁶⁰ y en primer lugar, de la política liberal-demócrata iniciada por Franklin Delano Roosevelt destinada a evitar, en lo posible, estallidos revolucionarios mediante reformas que beneficiaban a los más desposeídos. Se trata, ni más ni menos, que de reducir las obligaciones del Estado invocando motivos morales, tales como la necesidad de tener un tipo de gobierno que no obstaculice, sino

que forme, como proclamaba Wilson, “[...] inteligencia e independencia de espíritu en sus ciudadanos”.⁶¹

El debate sobre lo que se dio en llamar “las contradicciones culturales del capitalismo” signó el ambiente intelectual occidental durante la década de los 60. No es casual que un avisado Will haya echado mano a su recuerdo, cuando recibió la misión de hacer lo más placentera posible la digestión de los prohombres de AEI presentes en aquella cena. Para ello, nada como empezar definiendo el concepto:

Se postula que el capitalismo es amenazado por su propio éxito: el prodigio que realiza al crear riquezas produce hábitos y rasgos de carácter que subvierten virtudes, como la industriosisidad, que son prerequisites del propio capitalismo [...].

En carta de Adams a Jefferson, de enero de 1819, puede leerse: “¿Podrías decirme cómo evitar que el lujo produzca afeminamiento, disolución, extravagancia, vicios y tontería?”⁶²

Extrapolando al presente aquella supuesta maldición enquistada en el seno de un capitalismo, diz que exitoso, Will intentó hacer lo mismo con la ideología conservadora:

Esta contradicción es coyuntural, no constituye, necesariamente, un rasgo obligatorio del conservatismo, pero si no se le corrige, puede llegar a serlo. Su esencia es la siguiente: el conservatismo no proclama irrespeto al gobierno, pero no oculta su desdén por este y por la vocación política, en general. Su visión acerca de las virtudes cívicas no depende de la lealtad a una agenda política determinada, sino del respeto a nuestro régimen político, a nuestro orden constitucional entendido como empresa formativa.⁶³

Una vez reconocida la tensión existente entre el pensamiento “apolítico” neoconservador y su declarada defensa del sistema, Will avanzó otro paso en la construcción de su contradicción:

El mayor servicio que ha prestado a la nación el conservatismo contemporáneo ha sido volver a llamar la atención

sobre algo en lo que ya habían reparado los Padres Fundadores: la sociedad es un crisol para la formación del carácter. El género humano es esencialmente político y su destino social solo se cumple a través de la asociación. Los gobiernos pueden dañar la vida asociativa, y los gobiernos grandes suelen causar grandes daños.

[...] los gobiernos son esencialmente hostiles a las virtudes derivadas de la responsabilidad y el autogobierno [de los ciudadanos].

[...] Hoy por hoy el gobierno se ha convertido en una fuerza deformadora del carácter, corruptora del carácter nacional.⁶⁴

La cabriola conceptual de Will debió obrar un milagro. Es casi seguro que a esta altura de su disertación los presentes dejaran momentáneamente sus cubiertos para aplaudirlo con rabia. Y no era para menos: mejor que engullir el asado estaba aquello que acababa de ser dicho contra el gobierno, claro está, contra el gobierno liberal-demócrata de William Clinton, tan odiado por los invitados de AEI como aquel de Roosevelt.

Los liberales, según Will “[...] han aniquilado todo sentido del límite cuando se trata de la competencia y la responsabilidad [del gobierno]”.⁶⁵ Este pecado ha borrado la distinción existente entre las esferas de la vida pública y privada, “de lo cual depende la libertad”, confiriendo al gobierno funciones que no le pertenecen, como aquellas que Roosevelt proclamó en su Segundo Informe a la Nación, al decir que nadie debía sentirse contento, a pesar del estándar general de vida, mientras “[...] alguna fracción del pueblo, sea la que sea, sufra de hambre o carezca de abrigo”.⁶⁶

Tan odiados arranques de igualitarismo, de la famosa “compasión” de los liberales, no pueden conducir sino a la obligación de satisfacer todos los deseos de la gente, de lo cual se deriva un problema político central para el conservatismo: “[...] lograr que esa misma gente acepte un gobierno que censure sus deseos, que se niegue a cumplir muchos de ellos”.⁶⁷

¿Qué tipo de gobierno es capaz de actuar de la manera en que los neocons, al estilo de Will, lo desean?

La fórmula es sencilla, y tan antigua como la humanidad misma: “La agenda conservativa para un gobierno restrictivo depende

de que este tenga la fuerza que se deriva del respeto, y el respeto jamás se concede a los débiles”.⁶⁸

No encontró Will fórmula más adecuada para alegrar la sobremesa de sus correligionarios, que redondear sus argumentos con un par de aseveraciones más que adornaban lo dicho sobre la necesidad de un gobierno fuerte en los Estados Unidos:

- La misión real de los conservadores no es remover todo impedimento que limite la expresión de la opinión popular, sino engrandecer y refinar dicha opinión [...]. El problema no radica en reconocer que esta es una idea elitista, sino en decidir qué elite debe gobernar.
- El partido que, por primera vez, se constituyó en un factor nacional, debe agradecerlo a la negativa de un hombre a aceptar la soberanía popular como elemento constitutivo de la política americana. Ese partido es el Republicano, cuyo pedigrí intelectual se remonta directamente a la negativa de Lincoln a aceptar que los ciudadanos de Kansas tuviesen el derecho a poseer esclavos.⁶⁹

La mesa quedaba servida, y no precisamente para los ahítos comensales que se habían aprovechado de la proverbial hospitalidad de AEI, mientras a Will se le enfriaban los platos, sino para el equipo electoral de Bush Jr.

¿Se podía esperar más? ¡Ah, claro!: los postres, el café, un buen habano de contrabando y una copa de Cointreau para la digestión.

A pesar de sus denodados esfuerzos por parecer original durante aquella cena memorable, Will pecaba exactamente de lo contrario. Puede que no lo supiera, pero cada vez que un gobierno en su país se aprestaba a experimentar un trance imperial aparecían –con admirable puntualidad–, ciertos eruditos encargados de lanzar la clarinada de alerta contra la enervante atmósfera que aniquilaba las virtudes primigenias americanas, sobre todo, entre la juventud. Habitualmente, tal como ocurría con Will, quienes agitaban esas banderas de arrebatado patriotismo moralizante eran, a la vez, los más decididos partidarios de la expansión y la rapiña.

El Apocalipsis según San George

La frugalidad, la industriosisidad, el respeto a la ley, y el cultivo del intelecto, son cualidades esenciales que adornan a cualquier pueblo exitoso, pero ningún pueblo será verdaderamente grande si no posee también las virtudes heroicas que son tan necesarias para tiempos de guerra como de paz [...]. Los Estados Unidos dejarán de ser una gran nación cuando sus jóvenes carezcan de la energía y el estoicismo, tanto como la voluntad y el poder necesarios para luchar contra los enemigos de la nación.⁷⁰

Estas palabras no fueron pronunciadas durante la suculenta cena que amenizó Will con su elocuente verbo neocon. Aparecen recogidas en la introducción del libro *Hero Tales from American History* y fechadas el 19 de abril de 1895. Se deben a dos plumas, tan conservadoras e imperialistas –pero no menos elocuentes–, como la de Will: la de Theodore Roosevelt, futuro presidente de los Estados Unidos, y Henry Cabot Lodge, senador e ideólogo del Partido de la Guerra, antes, durante, y después de 1898.

Faltaban algo menos de tres años para que el *Maine* estallase en la bahía de La Habana.

George F. Will, con su conferencia, se adelantó en algo menos de seis años a la tragedia del 11 de septiembre de 2001, que permitió a Bush Jr. protagonizar su autocoronación, y cumplir con las profecías del gobierno fuerte y respetado que fueron hechas sobre los manteles impolutos de AEI.

Y después hay quienes ponen en duda la idea del progreso.

Referencias

- ¹ Whitaker, Reg: “Neoconservadurismo y Estado”. En: Miliband, Ralph, Leo Panitch y John Saville, eds. *El Neoconservadurismo en Gran Bretaña y Estados Unidos*, Ediciones Alfons el Magnànim, 1992, p. 10.
- ² Ibídem, p. 17.
- ³ Ibídem.
- ⁴ “Leviatán” (cap. 13). Tomado de: *Thomas Hobbes: selección de textos*. En: <http://www.economia.ufm.edu.gt/mpolanco/hobbes.htm>
- ⁵ Ibídem, cap. 30.
- ⁶ Whitaker, R.: Ob. cit. (1), p. 25.
- ⁷ Ibídem.
- ⁸ Ibídem, p. 35.
- ⁹ Ibídem, p. 42.
- ¹⁰ Ibídem, p. 46.
- ¹¹ Podhoretz, Norman: “Neoconservatism. A Eulogy”, March 1, 1996. En: http://www.aei.org/newsID.160009,filter./news_detail.asp
- ¹² “Neoconservatives. What and Who They Are”. En: <http://www.iconservative.com/neoconservatives.htm>
- ¹³ Muravchik, Joshua: “The Neoconservatives Unmasked”, *International Herald Tribune*, May 6, 2003. En: www.iht.com
- ¹⁴ “Neocon 101. Some Basic Questions Answered”. Tomado de: US News-Special Empire Builders-Neocon 101, *Christian Science Monitor*, 2004. En: <http://search.csmonitor.com/specials/neocon101.html>
- ¹⁵⁻¹⁶ “Towards a New World Order: America’s Neoconservative”. En: <http://www.eurolegal.org/useur/usneocon.htm>
- ¹⁷⁻²¹ Wolfson, Adam: “Conservatives and Neoconservatives”, Winter, 2004. En: <http://www.thepublicinterest.com/current/article2.html>
- ²² Burke, Edmund: “Protagonistas de la historia”. En: www.artehistoria.com/historia/personajes/6558.htm
- ²³ Wolfson, A.: Ob. cit. (17).
- ²⁴ Arroyo, Eduardo: “Una fractura en el conservadurismo mundial”, *El Semanal Digital*. En: http://www.elsemanaldigital.com/articulos_impre-so.asp?idarticulo=13386&fuente=3&tipo=
- ²⁵ Lincoln, Abraham: “Discurso del 27 de febrero de 1860”. En: Cohen, J. M. and M. J. *The Penguin Dictionary of Modern Quotations*, Penguin USA, 1981, p. 234.
- ²⁶⁻³⁴ Wolfson, A.: Ob. cit. (17).
- ³⁵⁻³⁶ “The Conservative Movement. Conversation with William A. Rusher by Harry Kreisler”, Apr. 25, 1990. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/conversations/Rusher/rusher-con0.html>
- ³⁷⁻³⁸ “Small Wars and U.S. Foreign Policy. Conversation with Max Boot by Harry Kreisler”, March 12, 2003. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/people3/Boot/boot-con0.html>

El Apocalipsis según San George

- ³⁹ “Foreign Policy Ideas in the George W. Bush Administration. Conversation with David Frum by Harry Kreisler”, Jan. 20, 2004. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/people4/Frum/frum-con0.html>
- ⁴⁰ Ob. cit. (37).
- ⁴¹ Arroyo, E.: Ob. cit. (24).
- ⁴² Podhoretz, Norman: “The Battle over Ideas. Conversation with Norman Podhoretz, Former Editor, *Commentary*, by Harry Kreisler”, Apr. 6, 1999. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/conversations/Podhoretz/podhoretz-con2.html>
- ⁴³ Zogby, James: “How the Neo-Cons Operate”, *mediamonitors*, July 1, 2003. En: <http://new.globalfreepress.com/article.pl?sid=03/07/27/1153241&mode=thread>
- ⁴⁴⁻⁴⁶ Ob. cit. (14).
- ⁴⁷⁻⁴⁸ Ob. cit. (14).
- ⁴⁹ Whitaker, R.: Ob. cit. (1). p. 34.
- ⁵⁰⁻⁵¹ *Ibíd.*
- ⁵² *Ibíd.*, p. 35.
- ⁵³ *Ibíd.*, p. 36.
- ⁵⁴ *Ibíd.*, p. 37.
- ⁵⁵⁻⁵⁷ Pangle, Thomas: “The Spirit of Postmodern Politics”, Jan. 1, 2000. En: http://www.aei.org/include/news_print.asp?newsID=17939
- ⁵⁸⁻⁶⁹ Will, George F.: “The Cultural Contradictions of Conservatism”. En: http://www.aei.org/news/newsID.6134/news_detail.asp
- ⁷⁰ Roosevelt, Theodore y Harry Cabot Lodge: “To E. K. R.”. En: *Hero Tales from American History*, The Century Co., 1895, pp. ix-x.



CAPÍTULO 5

TRILLING, STRAUSS & WOHLSTETTER, S.A

“Los dos pensadores que han tenido el mayor impacto en la formación de mi pensamiento han sido Lionel Trilling, en los 40, y Leo Strauss, en los 50. El primero, un liberal; el segundo, un conservador: ambos esencialmente escépticos”.¹

La confesión de Irving Kristol —el Mesías del neoconservatismo en los Estados Unidos—, pone sobre el tapete una cuestión importante: la de la filiación filosófica del propio movimiento neocon, su adscripción a una determinada escuela de pensamiento que da coherencia a las posturas de miembros tan disímiles y pertenecientes a generaciones tan diversas como las que lo componen.

Esta declaración de Kristol alumbrá zonas oscuras de los orígenes del pensamiento neocon y de su decidida vocación por la publicística sazónada con frases ingeniosas extraídas de la literatura moderna. La ligera envoltura poética de sus conceptos habituales se diferencia de la densidad del enfoque sociologista o economicista clásico. Que sean agradables al paladar, no necesariamente les otorga un mayor fundamento.

Para compensar la ligereza de Trilling, “[...] crítico literario elegante”² —según arrobada declaración de Kristol—, nada mejor que utilizar como lastre la pesadez de Strauss, “[...] un poderoso filósofo germano de la política”.³

De semejantes padres tan opuestos no podía surgir, como no surgió, nada diferente a una criatura apta para servir de festín a Sigmund Freud. Veamos qué aportaron a Kristol, según sus propias palabras:

Recuerdo vívidamente mi primera lectura de los ensayos de Trilling publicados en *Partisan Review* reunidos luego bajo el título de *The Liberal Imagination*. Me impactaron con la fuerza de una revelación. Sin haberlos leído, hubiese

podido imaginar que los escritores modernos, al estilo de D. H. Lawrence, T. S. Eliots, W. B. Yeats, Franz Kafka y Faulkner, tenían una visión incompatible con la que predominaba entre los círculos liberales y socialistas intelectuales de New York, que eran para mí como el Sanedrin* de la sabiduría y la sensibilidad. “Lo moderno” se mostraba como algo sumamente complejo: la sensibilidad artística y la razón política estaban en conflicto, o dicho de otra forma, la metafísica de la vanguardia artística moderna estaba en conflicto con la *metafísica* de la política “progresista” moderna [...]. Comprendí que ninguna política era viable si su propia cultura le era radicalmente subversiva. Mi parte “neo” se sintió fortalecida.⁴

Lo que de Trilling actuó sobre Kristol con la fuerza arrasadora de una revelación fue la afirmación de que las vanguardias artísticas y las vanguardias políticas podían no coincidir, incluso, estar enfrentadas a muerte. Visto en su contexto, Kristol intuyó que existía una brecha sutil que podía servir para los fines que se había trazado, y que le habían sido trazados por sus patrocinadores, siendo como era, tal y como le gustaba denominarse, “un guerrero de la Guerra Fría”.

Hay mucho de arrogante manipulación, de cumplimiento de una agenda política preconcebida en el enfoque neoconservador que Kristol y sus seguidores han hecho de la literatura, desde entonces. El objetivo se ha alcanzado, al menos, de manera transitoria, aunque no debe pensarse que solo por el esfuerzo neocon: desgajarla de su condición de secular rebeldía crítica ante el poder, las injusticias y desigualdades; llevarla al punto muerto en que se halla, en plena luna de miel con los poderes establecidos; prostituirla, convirtiéndola en mera maquila reproductora de los modelos de vida y valores conservadores que se importan de Occidente para obligado consumo mundial.

Al ser entrevistado por Harry Kreysler dentro del programa “Conversando con la Historia”, de la Universidad de Berkeley,

* Tribunal supremo de los judíos, establecido en la época de los Macabeos. Estaba compuesto por 71 miembros y era presidido por el *nasi* (príncipe).

Norman Podhoretz coincidió con Kristol en su valoración sobre la influencia de Trilling en la conformación literaria del movimiento neocon.

Tras reconocer que Trilling les enseñó que la ambición era una condición de carácter admirable, y que la honestidad intelectual tenía el más alto valor, Podhoretz afirmó:

Uno no es el ventrílocuo de los demás. Lo que tengas que decir puede no ser de lo más importante ni interesante, de hecho, muchos escritores temen que lo que escriben no tenga gran significación por lo que intentan imitar a otras voces. Pero lo que aprendí de Trilling, y en lo que creo fervientemente, es que cuando vayas a escribir debes ser tú mismo, y no otra persona.⁵

Esta afirmación en boca de Zola o Víctor Hugo, de Hemingway o Saramago no causaría extrañeza, pero en boca de Podhoretz o Kristol, voceros de las grandes corporaciones conservadoras de los Estados Unidos, no pueden menos que provocar una piadosa sonrisa, la de un escepticismo que no viole las reglas de urbanidad. A fin de cuenta, se trata de personas mayores, y lo que está de moda es lo políticamente correcto.

Lionel Trilling fue, según la página web del Columbia College, “[...] el crítico más famoso de esa institución, tanto como Mark Van Doren fue su más famoso autor”.⁶ La razón que hizo de Trilling “[...] uno de los intelectuales públicos más famosos del siglo, reside en sus investigaciones, tanto como en su crítica literaria dirigida a una amplia audiencia”.⁷ Su influencia se debe también a un factor nada despreciable que se puede hallar en casi todos los currículos de sus continuadores neocons: el ejercicio de la docencia universitaria. “En Columbia –se confirma en la web ya citada– Trilling es recordado como un profesor muy entregado, con un especial compromiso para con la docencia de pre grado. No era raro, debido a su reputación, que estudiantes de todo tipo viniesen a Columbia para tomar las clases de Trilling”.⁸

Trilling comenzó sus estudios en Columbia en 1921, y se graduó como Bachiller en Artes, en 1925, Máster en Artes, en 1926, y Doctor en Filosofía, en 1938. A principios de los 30 ya era profesor,

siendo reconocido desde el inicio como una de las mentes más agudas, aunque también más iconoclastas de la institución. Fue también profesor, junto a Jacques Barzun, de la asignatura Coloquio sobre libros importantes, antes de dedicarse a la enseñanza de otra signatura conocida como Humanidades A.

Sus novelas y cuentos, al estilo de *Middle of the Journey* (1947) y *Matthew Arnold* (1939) no le dieron la fama nacional que logró con sus numerosos ensayos críticos. Escribió regularmente para *Partisan Review*, y publicó los siguientes volúmenes de ensayos: *The Liberal Imagination* (1950), *The Opposing Self* (1955, reeditado en 1979), *A Gathering of Fugitives* (1956), *Sincerity and Authenticity* (1972) y *Beyond Culture* (póstuma, 1979). También con este carácter se publicó *The Moral Obligation To Be Intelligent*, editado por L. Wieseltier, en el 2000. Se considera que su obra ensayística combina lo social, lo psicológico y lo político con la crítica y la investigación literarias, una escuela que cuenta entre sus seguidores a Podhoretz y Kristol, entre otros.

“Fue una de las personas que creó el clima intelectual en el cual nos movemos –dijo tras su muerte Steven Marcus, su compañero de 48 años en Columbia–. Él hizo que este pareciese parte de la naturaleza, antes que de la cultura”.⁹

Debe recordarse que el clima intelectual con el cual tuvo que lidiar la crítica literaria de Lionel Trilling no era, precisamente, el que le hubiese gustado. La apreciación que hace Marcus de su esfuerzo por construir un ambiente más acorde con sus ideas lo retrata de cuerpo entero, como una especie de precursor de quienes nadan a contracorriente, especialmente cuando esto se hace hacia la orilla derecha. Al crítico Trilling le tocó debutar nada más y nada menos que teniendo como compañeros de clima intelectual a los escritores y poetas de la calificada por Gertrude Stein como la “Generación Perdida”.

Solo teniendo en cuenta los rasgos filosóficos e ideológicos dominantes en la época, se puede aquilatar lo que Trilling realizó con su obra crítica; que esta haya sido y sea tan reverenciada por los neocons en su carácter de precursora, y que se le pudiese considerar en Columbia como “un iconoclasta”: era la época que siguió al fin de la Primera Guerra Mundial caracterizada por la rebelión contra el orden social establecido, contra las convenciones de todo

tipo, incluyendo las sexuales y las estéticas, y el deseo de establecer un nuevo orden, un arte nuevo. Oponerse a ello, como hizo Trilling, debió ser tan radical y estridente como promoverlo.

A partir de los 20 –y al propio tiempo que Trilling ingresaba en Columbia –los escritores al estilo de James Branch Cabell, Henry Miller, Hemingway, Scott Fitzgerald, William Faulkner, Thomas Wolfe, John Dos Passos, Steinbeck y E. E. Cummings, entre otros, tenían en común la desilusión y la oposición a lo existente, el abandono de los clichés románticos por un realismo extremo; lleno de simbolismos y mitos; además de un lenguaje franco, hiriente, casi obsceno, influenciado por la psicología y la teoría marxista.

A pesar de la mitificación de los neocons, Trilling no fue el único que se opuso a los nuevos aires que soplaban en su época. Lo hicieron también, en la poesía, Conrad Aiken, Sara Teasdale, Edna St. Vincent, Vincent Millay y Elinor Wylie, y más adelante, Wallace Stevens y William Carlos Williams; en la novela, Willa Cather; en el ensayo, E. B. White; y en el cuento, Anne Porter y Jean Stafford. Es más, la poesía en los Estados Unidos, tras la Primera Guerra Mundial, continuó dominada por el aristocrático estilo intelectual de T. S. Elliot y Ezra Pound, creadores de una nueva especie de clasicismo que influyó en la propia crítica y en los críticos literarios posteriores, entre ellos, H. L. Mecken, Edmund Wilson, Malcolm Cowley, Lewis Mumford, Van Wyck Brooks, John Crowe Ransom, Yvor Winters, Allen Tate, R. P. Blackmur, Penn Warren, Cleanth Brooks y... Lionel Trilling. En consecuencia, ni por su oposición a los nuevos aires, ni por reflejarlo en la obra crítica, Trilling puede considerarse precursor o excepcional.

Tampoco el enfoque metodológico de la crítica de Trilling fue original: lo compartió, según *The Columbia Electronic Encyclopedia*, con Cleanth Brooks y Allan Tate. Se caracterizó por su “[...] técnica de lecturas cerradas, que ignoraba los condicionamientos biográficos e históricos, [...] reviviendo la noción del poema como objeto artístico autónomo”.¹⁰ Para aquilatar lo que esto significó, más como crítica literaria reaccionaria y conservadora, que como actitud iconoclasta, baste señalar que lo nuevo eran entonces los enfoques psicológicos y antropológicos en la crítica, condicionados por la influencia freudiana y marxista.

¿O precisamente por ello, los astutos críticos que adversaban este enfoque, al estilo de Trilling, se autoproclamaron “nuevos”?

En abril de 1999, el Board of Modern Library de Random House hizo pública su selección de los 100 mejores libros de no ficción, en lengua inglesa, publicados en el siglo xx.¹¹ En esta interesante y exigente lista aparece la obra más reconocida de Trilling, *The Liberal Imagination* que ocupó la posición 56, después de *Darkness Visible*, de William Styron, y antes de *The Second World War*, de Sir Winston Churchill. Por su parte, en una selección de *IC Books Rewiew*, compilada por el Dr. Enrico Peppe, y titulada “IC’s Top 25 Philosophical and Ideological Conservatives Books”,¹² el mismo libro de Trilling obtiene el lugar 14, después de *William F. Buckley Jr., Patron Saint of the Conservatives*, de John B. Judis, y antes de *The Guilty Conscience of a Conservative*, de Craig Schiller. En el primer listado no se incluye ninguna obra de Leo Strauss; en el segundo, y en el puesto 25, se encuentra *Natural Right and History*, de este autor.

No hay dudas de que Trilling figura entre los arcángeles mayores del retablo neocon, y que sus obras, y el uso que de ellas se ha hecho, abonaron el camino de un movimiento que llega hasta el presente. Analicemos algunas de las ideas que contiene *The Liberal Imagination* para explicarnos semejante devoción.

En la reseña que hace el Dr. Peppe del libro, se comienza por citar las palabras que Trilling escribió para el prefacio, y que ilustran suficientemente bien su punto de partida:

En los Estados Unidos, actualmente, el liberalismo no es solo la tradición intelectual dominante, sino la única existente. A ello se debe el hecho comprobado de que no circulen las ideas reaccionarias o conservadoras. Las tendencias conservadoras y reaccionarias no se expresan hoy mediante ideas, sino a través de actitudes mentales airadas que intentan semejarse a las ideas.¹³

Los ensayos de Trilling intentan profundizar (¿para desmitificar?) los iconos y arquetipos liberales y las ideas centrales que los expresan, por eso pasa del análisis de la obra de V. L. Parrington —historiador cultural, autor de un clásico en tres volúmenes, ganador de un Pulitzer, titulado *Main Currents in American Thought*, de enorme

influencia en los círculos liberales de los 30–, a la de Sherwood Anderson –autor de siete novelas y otros libros sobre el americano común–, para alcanzar su mayor agudeza en los ensayos dedicados a Freud, el *Kinsey Report*, estudio estadístico de 1948 que desmentía las imágenes puritanas idealizadas sobre la sexualidad de los norteamericanos, y la revista *Partisan Review*, creada en 1933 por William Phillips y Phillip Rahv, compañera de viaje de los intelectuales liberales, quien como estos, oscilaba intermitentemente entre la izquierda y la derecha. Según el Dr. Peppe, a pesar de que tales críticas dicen concentrarse en lo socio-cultural, es apreciable en ellas que “[...] lo político y lo sociológico germinan como si fuesen el centro de la interpretación”.¹⁴

No es de extrañar: esto último, debe ser considerado el sentido profundo de la crítica “literaria” de Trilling a la imaginación liberal. En ello radica su actualidad y vigencia perfectamente intuida y exaltada por los neocons. Con no menos agudeza, el Dr. Peppe reconoce que “[...] cada página de ese libro refuerza en el lector la percepción de que [Trilling] es el jefe de la crítica para reformar al liberalismo, o lo que es lo mismo, para inclinarlo a la derecha”.¹⁵

El Dr. Peppe no escapa a la tentación de citar a Damon Linker cuando, el 28 de agosto de 2000, en *The New Republic*, reseñó la compilación que de la obra de Trilling hiciese Leon Wieselter, en la que destaca el papel jugado por el crítico en la reformulación de la cartografía ideológica de su época y su país:

La obra de Trilling –escribe Linker– se hace notoria por el papel que jugó en la historia intelectual norteamericana del siglo xx. Trilling estuvo entre los primeros y los pocos intelectuales de New York que se distanciaron del socialismo trotskista que llegó a ser dominante en *Partisan Review*, en los 30. Por su disposición, antes que por sus convicciones políticas, Trilling fue el primer neoconservador.¹⁶

El Dr. Peppe acota, con certera puntería: “La influencia de Trilling sobre Kristol, Podhoretz y los otros de New York, fue enorme. Sin aquellos ‘Intelectuales de New York’, no habría hoy movimiento neocon”.¹⁷

Existe un documental de Joseph Dorman, producido en 1997 por Riverside Productions y titulado *Arguing the World* que recoge la trayectoria de aquel grupo de intelectuales neoyorkinos, al cual hay que regresar, una y otra vez, para entender el surgimiento del movimiento neocon y la evolución de la intelectualidad norteamericana, desde principios de siglo, hasta el presente. Dedicado a la vida de Irving Howe, Irving Kristol, Daniel Bell y Nathan Glazer –grupo que se nucleó inicialmente alrededor de *Partisan Review*–, el filme exalta lo que los productores consideran “el primer grupo de intelectuales críticos influyentes surgido de la clase obrera de los Estados Unidos”,¹⁸ la segunda generación intelectual neoyorkina que en los 30 del siglo xx, nacidos en el seno de familias humildes de emigrantes judíos este-europeos “[...] formaron un oscuro círculo donde las políticas radicales y las vanguardias culturales se unían”.¹⁹

La lista de los 58 pensadores y artistas pertenecientes a esas tres generaciones es impresionante por la huella e influencia dejada tras de sí, aunque con signos ideológicos dispares. A la generación inicial, surgida a finales de la década del 20 y principios del 30, conocida como la de “Los Ancianos”, junto a Phillip Rahv, William Phillip y Hanna Arendt, entre otros, aparece el nombre de Lionel Trilling.

Para entender la significación exacta de la ruptura protagonizada por estos “ancianos” en el ambiente liberal de izquierda reinante en New York y otros centros intelectuales de los 30, baste decir que la derecha conservadora, arrinconada y a la defensiva entonces, supo aprovechar, con sagacidad y olfato político, los crímenes del stalinismo, y entre ellos uno de los mayores, por no decir el más grave y el que ha proyectado una sombra más tenaz sobre la idea socialista, hasta hoy: el de separar brutalmente a la vanguardia artística de la vanguardia política. Este nuevo aire para los conservadores reaccionarios fue el más espléndido regalo que pudo hacer Stalin a sus encarnizados enemigos de clase, y lo más grave: sin tener la conciencia ni la cultura para entenderlo.

La nueva derecha intelectual, de la que era “adelantado” Trilling, supo escoger su campo de batalla. Por ello se refugió en la literatura, y más específicamente, en la crítica literaria. Pero aquella derecha, aún vergonzante, camuflada bajo la crítica a la “imaginación liberal”, comenzó con Trilling y su círculo neoyorkino por diferenciarse de la derecha tradicional, y de la izquierda socialista,

a través de la cual pasó, incontaminada, pero contaminante, como una estrella fugaz.

¿Cómo lo logró?

Para explicarlo, el Dr. Peppe recurre a lo escrito por M. H. Abrams:

La Segunda Guerra Mundial, y especialmente la desilusión con el comunismo soviético que siguió a los procesos de Moscú, motivados por supuestas traiciones a Stalin, tanto como la firma del pacto con Hitler, en 1939, terminó con el radicalismo literario de los años 30 [...]. Durante algunas décadas el *New Criticism*, dominado por los escritores conservadores sureños, los Agrarios, tipificó la tendencia crítica prevaleciente que buscaba aislar a la literatura de la sociedad [...].

Críticos influyentes, como Edmund Wilson, Lionel Trilling, Philip Rahv, Alfred Kagan e Irving Howe, conocidos como “New York’s Intellectuals”, continuaron, a través de los 60, analizando las obras literarias en el contexto de la vida de sus autores, y en función de la significación moral e imaginativa de las obras y de las consecuencias que provocaban en la sociedad.²⁰

A diferencia de la Vieja Derecha, el nuevo enfoque de Trilling y sus amigos neoyorkinos preocupa al Dr. Peppe, intentan controlar la propiedad, la libertad, y la paz, o sea, todo el imaginario burgués. A nadie debe extrañar, en consecuencia, las tendencias totalitarias que exhibe —elitistas rayanas en la devoción a un sistema de castas que es, en sí mismo, la negación de la democracia—, ni la arrogancia del pensamiento neocon, versión extrema de aquellas ideas literarias de Trilling, y de otras no tan literarias, como cuando expresó: “Nosotros, como liberales y progresistas, sabemos que los pobres son nuestros iguales en todo sentido, excepto en el de ser iguales a nosotros”.²¹

En cuanto a sus diferencias con la tradición socialista y trotskista, de la que, supuestamente procede también Trilling, vale la pena detenerse un poco, pues semejante origen se atribuye también a otros destacados neocons, que se reputan como sus descendientes y continuadores.

Una interesante polémica motivada por un artículo de Vicky Peláez aparecido el 20 de mayo de 2003 en *El Diario*, de New York bajo el título “De la revolución permanente a la conquista permanente”, permite profundizar en la alegada conexión trostkista o en el supuesto pecado original de izquierda del movimiento neocon.

“Alumnos dilectos de Strauss fueron Paul Wolfowitz y Abram Shulsky –escribe Vicky Peláez–. También Stephen Cambone y William Kristol, alumno este último de otro alumno de Strauss llamado Harvey Mansfield [...]”.²²

Para demostrar el nexo con el trostkismo, Vicky Peláez cita a Frances Stonor Saunders, quien escribió en su libro *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, que los padres de muchos de los actuales neocons fueron militantes trostkistas antiestalinistas, en los años 30 y 40; formaron parte de los movimientos anticomunistas liberales de los 50, 60 y 70, para convertirse luego en neoconservadores, al transformar la Teoría de la Revolución Permanente en Teoría de la Conquista Permanente, basados en Strauss, para convertirla luego en Expansión Permanente, al llegar al poder.

Tres días después de haber sido publicado este artículo, Bill Vann lo sometió a fuerte crítica en el *World Socialist Web Site*, órgano del Comité Internacional de la Cuarta Internacional, mediante una reseña titulada “Las raíces históricas del neoconservatismo: réplica a un calumnioso ataque contra el trostkismo”.

Rechazando las acusaciones de que existió semejante conexión, y que esta fue propiciada por la CIA y el gobierno de los Estados Unidos en su lucha contra la URSS y el comunismo, Vann aporta los siguientes elementos:

– No existen evidencias de que los Estados Unidos hayan propiciado la difusión de las ideas del movimiento trostkista:

El Embajador norteamericano en Moscú, Joseph Davies, apoyó los procesos mediante los cuales líderes, como Trotsky, fueron juzgados en ausencia [...].

A Trotsky se le negó asilo en numerosos países, entre ellos, los Estados Unidos [...]. Tampoco se permitió, en 1940, tras su asesinato, celebrarle funerales en territorio norteamericano.²³

- El movimiento trostkista norteamericano jamás fue beneficiado ni tolerado por las autoridades: “18 de sus líderes fueron encarcelados bajo el Acta Smith, los primeros en sufrir tales penas anticomunistas [...]. A otros [...] se les amenazó con la deportación.”²⁴
- “Existen amplias evidencias de que el FBI y la CIA han espionado y espían a los trostkistas norteamericanos”.²⁵
- En 1949, lo que se celebró en el Waldorf Astoria con el apoyo de la CIA no fue un congreso trostkista, sino un encuentro de intelectuales promovido por Aaron Copland, Arthur Miller, Norman Mailer y Lillian Hellman, entre otros.
- El único nexo existente entre el actual movimiento neoconservador y el trostkismo:

[...] debe buscarse en la lucha política que se desarrolló, hace seis décadas, en el interior del trostkismo. Y, particularmente, en la carrera de dos individuos concretos: Max Shachtman e Irving Kristol [...]. En 1939, este último se unió a la “Young People’s Socialist League”, que estaba afiliada al partido trostkista [...]. Pronto el joven Kristol gravitó hacia una tendencia pequeño-burguesa dentro del partido, liderada por James Burnham y Max Shachtman [...]. Poco antes de su muerte, el propio Trotsky llevó a cabo una intensa lucha política contra esos elementos.

[...] La documentación de ese proceso se halla en el volumen titulado *En defensa del Marxismo*.²⁶

Los seguidores de Burnham y Shachtman repitieron su trayectoria hacia la derecha “[...] rechazando el socialismo, pidiendo una agresión atómica contra la URSS, [...] apoyando la agresión contra Corea, [...] asesorando a la anticomunista AFL-CIO y a la Secretaría de Estado, [...] apoyando la Guerra de Vietnam y el sionismo [...]”.²⁷ La relación de tales elementos con Shachtman:

[...] no fue resultado de la conexión de este con el trostkismo, sino de la aceptación de su línea de anticomunismo, militarismo y sionismo [...]. No cabe duda de que Shachtman y Kristol usaron las habilidades políticas logradas dentro del

movimiento marxista para servir luego a la causa de la reacción [...]. El destino de ambos lo único que demuestra es la vigencia y significación de la lucha del marxismo contra el oportunismo.²⁸

Por mucho que se desvelase por cuestiones relacionadas con la crítica literaria, Trilling fue un anticomunista militante. Por ese, y no por otro rasgo, es que ha sido canonizado y exaltado al altar neocon. El propio Kristol, en su libro ya citado, no titubea en afirmarlo:

Todos los que formaban parte de la comunidad intelectual anticomunista de New York compartían similares experiencias. Muchos de ellos se convirtieron [luego] en gente famosa y distinguida: Diana y Lionel Trilling, Daniel Bell, Mary McCarthy, los editores de *Partisan Review* [...]. En la primera década posterior a la Segunda Guerra Mundial su fama y distinción se limitaban, al igual que su talento, a un círculo muy pequeño de personas [...].

Por cerca de dos décadas el anticomunismo liberal fue un movimiento minoritario entre los intelectuales.²⁹

Cabría preguntar, ¿gracias a qué milagroso proceso, en apenas unos años, este movimiento se ha convertido, no solo en el más visible dentro del panorama intelectual de los Estados Unidos, sino también en rico y poderoso, fungiendo como la retaguardia ideológica del propio gobierno, y como religión laica del Imperio?

Esto no puede explicarse de otra manera que remitiéndonos a su utilidad: sencillamente es aceptado y promovido por las corporaciones y sus tanques pensantes, y por las agencias de inteligencia que actúan como Ministerio de las Ideas en los Estados Unidos porque es un movimiento que les resulta útil, cómodo, manuable, leal. De ahí a formar gobierno resta un solo paso: Reagan, Bush Sr. y Bush Jr. lo comprendieron.

Si la influencia de Lionel Trilling es palpable dentro de los neocons, mucho más lo es la de Leo Strauss.

La “proeza” intelectual atribuida a Strauss, y que hace de sus ideas filosóficas y políticas una especie de Arca de la Alianza

neocon, puede hallarse descrita en las siguientes palabras de Kristol:

Los escritos de Leo Strauss han sido extraordinariamente influyentes en los Estados Unidos. Su análisis acerca de los elementos destructivos que actúan desde el interior del liberalismo (análisis que fue popularizado por sus alumnos y los alumnos de sus alumnos), transformó el tono del discurso público del país. ¿Quién hubiera imaginado, treinta años atrás, que en 1995 la tercera parte del público americano se proclamaría “conservador”, que apenas el 17% se reconocería como “liberal”, y el resto, afirmarían ser “moderado”? Haber llevado el liberalismo contemporáneo a la situación de desprestigio que hoy ostentan sus concepciones, entre ellas, la visión simplista de la naturaleza humana, su filosofía social utópica, y su ánimo secularista contra la religión, es un triunfo nada despreciable.³⁰

Comparando estas declaraciones de Kristol sobre Leo Strauss con las de otros neocons ilustres, como por ejemplo Paul Wolfowitz, se aprecia una divergencia: mientras unos elevan por las nubes el papel jugado por Strauss como precursor del movimiento, otros tratan de demostrarnos, con enorme vehemencia, lo absurdo de estas afirmaciones, llegando casi a convencernos de que jamás existió, que se trata de un mito urbano más, y que quienes lo invocan lo hacen siguiendo el ritual y el dogma con que los fieles conjuran a las deidades en las que creen.

[Hablar de la “conexión straussiana”] es un producto de mentes calenturientas, incapaces de entender que el 11 de septiembre cambió muchas cosas, incluyendo la manera en que debemos enfocar al mundo –ha declarado Wolfowitz a Sam Tannenhaus, en entrevista del 20 de septiembre de 2003–. Dado que esas personas se niegan a confrontar esta realidad, apelan a todo tipo de teorías conspirativas para explicarlo. Yo tomé dos “terroríficos” cursos de postgrado con Leo Strauss: uno sobre Montesquieu y el espíritu de las leyes, que me ayudó a entender mejor nuestra Constitución;

el otro sobre las leyes en Platón. La idea de que esto tiene algo que ver con la política exterior de los Estados Unidos es risible.³¹

Pero muchos no comparten tan candorosas afirmaciones de Wolfowitz, y enarbolan, al menos, una certeza incontrovertible: Leo Strauss existió.

Según David Mc Bryde, uno de sus biógrafos, Leo Strauss nació el 20 de septiembre de 1899 en Kirchnain, Hesse, Alemania, en el seno de una familia judía ortodoxa. En 1905 comenzó sus estudios primarios en su pueblo natal. Tras la preparatoria entró, en 1912, al Gymnasium Philippinum, en Marburgo, donde entró en contacto con el pensamiento humanista alemán.

“En el Gimnasio leía furtivamente a Schopenhauer y Nietzsche –se dice de aquellos años–. Al cumplir los 16 expresó su decisión de dedicar su vida a criar conejos y leer a Platón, aspirando a convertirse en cartero rural. [...] A los 17 se adhirió al sionismo político. Concluyó el Gimnasio en 1917”.³²

Ingresó en la universidad ese mismo año, en su curso de verano, pero tuvo que interrumpir sus estudios para servir en el ejército alemán, y fue destinado como intérprete a la ocupada Bélgica, entre julio de 1917 y diciembre de 1918. Continuó estudios de Matemática, Filosofía y Ciencias Naturales en las universidades de Marburg, Frankfurt del Meno, Berlín y Hamburgo, y alcanzó el título de Doctor en Filosofía. En Marburgo estuvo bajo la influencia de la Escuela Neokantiana fundada por Hermann Cohen, “[...] quien sobrepasaba a todos los demás profesores de Filosofía germanos entre 1871 y 1925, por el fuego y poder de su alma”,³³ según palabras del propio Strauss.

A pesar de esta devoción, el joven Strauss nunca se encontró con su admirado mentor, quien murió en 1918, en Berlín, dejando tras de sí una escuela neokantiana marburguesa a punto de desintegrarse, y la enseñanza, nada despreciable, de que la fe judía debía ser vivida con intensidad y fervor. La escuela filosófica dominante que sustituyó a la neokantiana fue la fenomenológica fundada por Edmund Husserl.

A los 22 años, un imberbe Strauss neokantiano fue presentado a Husserl quien le resumió sus diferencias con Cohen en pocas pala-

bras: “La Escuela de Marburgo comenzó por el techo. Yo he comenzado por los cimientos”.³⁴ A pesar de eso, Strauss no resultó convencido, y llegó a la conclusión de que “[...] tanto Cohen como Husserl pertenecían al mismo mundo de la preguerra. Más acorde con el mundo de postguerra estaba el resurgimiento de la Teología, asociada a los trabajos de Karl Barth”.³⁵ Sobre Strauss influyó notablemente, en este período, el renacimiento de la teología judía, vinculada a las investigaciones de Franz Rosenzweig.

En la Universidad de Marburgo, Strauss frecuentó a estudiantes, profesores y bibliotecarios de la talla de Jacob Klein, filósofo de las matemáticas, y Hans George Gadamer. En 1921 se trasladó a la Universidad de Hamburgo, donde se doctoró con la tesis “La epistemología en la filosofía política de F. H. Jacobi”, bajo la tutoría de Ernest Cassirer. Strauss reconocería, más adelante que “[...] entre mis 22 y 30 años estuve completamente dominado por Nietzsche”.³⁶

En 1922 se trasladó a la Universidad de Freiburg para un curso postdoctoral de un año bajo la dirección de Husserl, que no fue de su interés por el acento teológico. En cambio, el impartido por Julios Ebbinghaus captó enseguida su devoción, pues estaba dedicado a las doctrinas sociales de la Reforma y la Ilustración. “Fue la primera vez que se puso en contacto con las teorías de Hobbes —diría su biógrafo—, lo cual influiría en él de manera decisiva”.³⁷

De aquel período, Strauss recordaba también sus relaciones con Martin Heidegger, miembro del grupo de Husserl. De Heidegger le impresionó “[...] la precisión e intensidad con que interpretaba un texto filosófico, especialmente la *Metafísica* de Aristóteles”.³⁸ Pero quien influyó más notablemente sobre él, por aquellos días, al igual que ocurría con el resto de su generación filosófica, fue Max Weber, debido a “[...] su intransigente devoción a la honestidad intelectual, y su apasionada defensa de las ideas de las ciencias”.³⁹ A pesar de ello, Strauss siempre consideró a la filosofía husserliana superior a la weberiana.

En Giessen, Marburgo y Berlín, Strauss recibió también cursos de Historia. Por entonces sostuvo una reunión con Vladimir Jabotinski, líder de la línea dura, revisionista, dentro del sionismo, quien le reprochó por no combinar, consecuentemente, las lecturas religiosas y filosóficas con el entrenamiento con rifles.

De 1922 a 1924 se vinculó con la Escuela Judía Libre de Frankfurt, que dirigía Rosenweig, impartiendo cursos sobre Cohen, Maimónides, Platón, Spinoza, y la teoría política del sionismo. Por su destacada labor, fue invitado por Julius Guttman a impartir cursos en la Academia de las Ciencias Judías de Berlín, y a investigar sobre la filosofía hebrea. Allí, entre 1925 y 1928, escribió su primer libro, dedicado al *Tratado teológico-político* de Spinoza, que fuera publicado en 1930.

Los estudios sobre Spinoza, Hobbes y Maimónides de Strauss lo condujeron hasta el umbral de Carl Schmitt, quien fue decisivo con su recomendación para que se concediera a Strauss una beca de la Fundación Rockefeller, en Alemania, para investigaciones sobre la filosofía medieval judía y árabe. A finales de 1932 se encontraba en París realizando sus investigaciones. En 1933 le prorrogan la beca Rockefeller y se traslada a Londres para iniciar estudios sobre Hobbes.

De 1928 a 1932 escribe su segundo libro dedicado a Maimónides, que no se publicó hasta 1935. En 1936 publica uno de sus textos más importantes, *The Political Philosophy of Thomas Hobbes* (Clarendon Press, Oxford). La Universidad de Cambridge le confirió su Premio Académico correspondiente al período comprendido entre 1936-1937. En el otoño de 1937 recibió la condición de Investigador en el Departamento de Historia de la Columbia University, en New York, por lo que se traslada a los Estados Unidos.

Strauss fue profesor del New School for Social Research, en New York, entre 1938 y 1948 donde impartió clases de Ciencias Políticas. En 1941 se convirtió en Profesor Asociado en Ciencias Políticas y Filosofía, y brindó conferencias en numerosos centros universitarios del país. Entre 1941 y 1948 escribió *Persecution and the Art of Writing*, publicado en 1952. En 1942 numerosos familiares de Strauss que habían quedado en Alemania fueron deportados a campos de concentración, donde murieron. En 1944 obtuvo la ciudadanía norteamericana y cuatro años más tarde (1948), concluye y publica *On Tyranny*. De 1949 a 1973, los años más fecundos de su carrera, Strauss fue profesor de la Universidad de Chicago. De 1949 a 1953 trabajó en su obra más famosa, *Natural Right and History*, que se publicó en 1953. De 1949 a 1968 impartió clases de Filosofía Política. También fue Profesor Visitante en la Universidad de Berkeley. Entre 1954

El Apocalipsis según San George

y 1955 se desempeñó de igual manera en la Universidad Hebrea, de Jerusalem, donde enseñó Filosofía y Ciencias Políticas.

Desde 1957 hasta su muerte, sus conferencias y seminarios comenzaron a ser grabados y transcritos gracias a los fondos aportados por sus estudiantes. Entre 1953 y 1957 escribe su libro *Thoughts on Machiavelli*, publicado en 1958. Entre 1962 y 1964 trabaja en *The City and Man*, publicada en 1964. En 1966 publica *Sócrates and Aristophanes*.

En 1965 recibe el título de Doctor Honoris Causa en Filosofía Política por la Universidad de Hamburgo. Al año siguiente recibió el mismo homenaje por parte del Hebrew Union College, de Cincinnati, por su contribución “[...] al desarrollo del pensamiento hebreo”.⁴⁰ A fines de 1967 se jubila en la Universidad de Chicago, incorporándose al Claermont Men’s College, en California.

En 1968 publica *Liberalism Ancient and Modern*. En 1972 concluye su *Xenophon’s Socratic Discourse*. Entre 1967 y 1973 trabajó en *Studies in Platonic Political Philosophy*, que no fue publicado hasta 1983.

El 18 de octubre de 1973, Leo Strauss murió de neumonía y fue sepultado en el cementerio de Knesseth Israel Synagogue, Annapolis. A petición de sus familiares y amigos, el Salmo 114 se leyó en sus funerales. Un fragmento de su texto ayuda a entender mejor a este hombre, a su obra, y a las acciones de sus sucesores neocons, pues en él no se habla de la piedad, sino de la fuerza:

Cuando salió Israel de Egipto,
La casa de Jacob del pueblo extranjero,
Judá vino a ser su santuario,
E Israel su señorío.
El mar lo vio, y huyó;
El Jordán se volvió atrás
Los montes saltaron como carneros,
Los collados como corderitos.
[...] A la presencia de Jehová tiembla la tierra
A la presencia del Dios de Jacob...⁴¹

Al recorrer la trayectoria de Strauss salta a la vista que fue un profundo conocedor de la Filosofía clásica oriental y occidental,

un devoto investigador de sus nexos con la política, y un activo creyente judío. Ninguna de tales certezas alumbró lo suficiente las esencias de su pensamiento ni por qué ejerce tanta influencia, a treinta años de su desaparición, sobre hombres que tienen en sus manos un inmenso poder.

Existe una página web oficial de los fervientes seguidores de Strauss (straussian.net). En ella se encuentra un interesante y muy útil resumen del pensamiento straussiano, bajo el título “What is the Straussian Political Philosophy?”, que nos permite un primer acercamiento a su actualidad y vigencia:

Lo que distingue al straussianismo en el terreno de la Filosofía Política es:

- 1- El retorno a un tratamiento serio de los “viejos textos”, leyéndolos cuidadosamente, intentando entender a sus autores, antes que a lo que se dice de ellos en la historia.
- 2- El reconocimiento de la naturaleza política de la Filosofía, y del hecho de que la mayoría de los filósofos hayan escrito sus obras con este objetivo.
- 3- El reconocimiento de que los grandes pensadores de todos los tiempos han dotado a sus enseñanzas con un doble sentido, el esotérico, y el exotérico, para preservarlas de persecuciones, o para destinarlas solo a los más receptivos. Esto obliga a desentrañar las enseñanzas esotéricas de los grandes filósofos, siguiendo las pistas que dejaron en sus obras.
- 4- El reconocimiento de los peligros que entrañan el historicismo, el relativismo, el eclecticismo, el cientificismo y el nihilismo para la Filosofía y la cultura occidental y, en consecuencia, un esfuerzo por alejarla de tales influencias devastadoras mediante el retorno a los textos seminales del pensamiento occidental.
- 5- Cuidadosa atención al diálogo como método de desarrollo de la cultura occidental, a partir de dos puntos iniciales enfrentados: Atenas y Jerusalem. El reconocimiento de que la Razón y la Revelación, originadas en esos dos puntos de vista, son fuentes diferentes de conocimiento en la tradición occidental, y pueden ser utilizadas para apoyarse la una a la otra, no para refutarse mutuamente.

- 6- Examen constante de la distinción más drástica existente entre las escuelas filosóficas, la que las divide en Antiguas y Modernas; un intento por entender mejor a los filósofos de cualquier época en relación con esta distinción, y un intento por aprender todo lo que pueda ser de utilidad estudiando ambas épocas.⁴²

A leer las anteriores características del pensamiento straussiano, comprendemos por qué es tan socorrido en nuestros días: se trata de un pensamiento erudito, que envuelve con una cubierta glamorosa a ideas muy conservadoras. No solo somete a crítica, negándose a reconocer los aportes de las ideas derivadas de la propia evolución de la humanidad, especialmente todo lo que siguió a las revoluciones liberales-burguesas, sino que además recomienda releer a los clásicos para captar los mensajes esotéricos de sus doctrinas: esta relectura está vedada para el común de los mortales, reservada a círculos cerrados de elegidos.

¿Qué pasa cuando quienes creen estar entre los elegidos tienen en sus manos las riendas del gobierno de la mayor superpotencia de la historia?

Mi padre no era un político —escribió el 7 de junio de 2003 su hija, Jenny Strauss Clay, en un artículo del *New York Times* titulado “The Real Leo Strauss”—. Era conservador porque no creía que los cambios eran necesariamente para mejorar.

Leo Strauss creía en la dignidad intrínseca de la política. Creía en la democracia liberal, y la defendía, aunque no estaba ciego ante sus imperfecciones. Para él era la mejor forma de gobierno que pueda establecerse, “la mejor y última esperanza”.⁴³

Ocho años antes, Kristol había expresado una opinión sobre Leo Strauss que aunque no contradice la expresada por su hija, sí la matiza:

No era el intelectual tipo —escribe Kristol—. [...] Sus alumnos se hacen llamar “straussianos”, aunque prefieren ser

identificados como “políticos teóricos”. [...] Ellos, a su vez, han producido otra generación de políticos teóricos [los neocons], que se ha asentado en Washington, debido a que el mundo académico se ha vuelto más hostil al straussianismo.⁴⁴

La profesora canadiense Shadia Drury —una de las más reputadas investigadoras de las ideas y la práctica política de los neocons—, parece responderle a Kristol:

El problema de los straussianos es que son mentirosos compulsivos. [Strauss] sentía una profunda antipatía por el liberalismo y la democracia, y sus discípulos hacen todo lo posible por esconderlo. [...] La imagen de Leo Strauss como gran patriota americano, amante de la libertad y la democracia, es pura invención.⁴⁵

¿Cuáles son, en opinión de esta especialista, los aspectos impresionables de la teoría straussiana y que, a su vez, revelan su verdadera esencia?

- 1- La afirmación de que la verdad es muy difícil de aceptar por cualquier sociedad, y que quienes la porten sufren persecuciones, especialmente en las sociedades liberales.
- 2- Strauss y sus discípulos se creen portadores de la verdad, en consecuencia, padecen un notable complejo de superioridad y persecución.
- 3- Strauss no fue un enemigo de los Estados Unidos, sino de la libertad, en general.
- 4- La constante preocupación de Strauss por el secreto estaba en relación directa con el hecho de que tenía conciencia de que muchas de sus ideas estaban en contradicción con la modernidad liberal norteamericana. Mantener sobre ellas un denso velo de secreto resultaba la mejor manera de protegerlas y protegerse.
- 5- Las quejas constantes de los straussianos acerca de su hipotética exclusión y discriminación de la vida cultural y académica del país, como resultado de sus ideas, es absolutamente falsa.

Shadia Drury, afirma:

Los straussianos son el grupo más poderoso, más organizado y que dispone de mayores fondos entre los investigadores de Canadá y los Estados Unidos. Son los dueños indiscutidos de los fondos de los tanques pensantes de derecha, de las fundaciones y las corporaciones. Gozan también de la atención de los poderosos de la Casa Blanca. Nada daría mayor placer a Strauss, creyente convencido de que los intelectuales tenían que jugar un importante papel en la política.⁴⁶

- 6- Los intelectuales (de derecha, claro está) no deben ejercer directamente el poder, pues esto puede atraerles el odio de las masas, pero deben hacerlo aconsejando discretamente a los poderosos.
- 7- El tema fundamental de la filosofía de Strauss es la distinción que se establece entre filósofos antiguos y modernos:

En su opinión, los antiguos, como Platón, fueron sabios, mientras los modernos, como Locke y otros liberales, fueron tontos y vulgares. Los antiguos no compartían los tesoros de la verdad o la libertad con las masas, que no estaban preparadas para asimilarlos. Ellos creían que las sociedades necesitan de una elite de filósofos o intelectuales capaces de crear “nobles mentiras” para consumo de las masas. No es sorprendente que los antiguos no se inclinassen hacia la democracia.⁴⁷

- 8- A diferencia de los modernos, que creen en el derecho natural al disfrute de la libertad y que los seres humanos nacen libres e iguales, los antiguos niegan la posible existencia del derecho natural, tanto como la creencia de que todos nacen libres e iguales. En consecuencia, la condición humana no se expresa en la libertad, sino en la subordinación: el único derecho natural posible es el de la dominación de los fuertes sobre los débiles, de los superiores sobre los inferiores. Este es el tema central de su libro más conocido: *Natural Right and History*.

- 9- Los antiguos legaron a los superiores, según Strauss en su obra *On Tyranny*, el mandato de mantener en secreto “sus enseñanzas tiránicas”, debido a dos razones: la necesidad de no herir los sentimientos de las personas, y proteger a las elites de las represalias, pues, a pesar de todo, “[...] la gente no está dispuesta a admitir que está predestinada a la subordinación”.⁴⁸
- 10- El objetivo de los sabios superiores es “ennoblecere al vulgo”, no “[...] facilitarles el acceso a la libertad, la felicidad, ni la prosperidad”.⁴⁹ Este objetivo solo puede lograrse mediante “[...] el sudor, el trabajo y el sacrificio”.⁵⁰ La religión y la guerra “[...] elevan a los hombres de la condición animal en que los hunde el consumo burgués [...]”.⁵¹
- 11- El sentido profundo de esta concepción straussiana lleva al ascetismo, lo cual explica “[...] la atracción que ejerce sobre aquellos que tienen inclinaciones religiosas”.⁵²
- 12- Los discípulos de Strauss han abandonado el mundo académico en busca del poder político, no porque se les haya rechazado, sino:

[...] porque carecen de herramientas para desarrollar el debate académico [...]. El estilo secreto y esotérico de los escritos de Strauss es enemigo de las disputas filosóficas, en el interior de la academia [...]. Para ellos a la verdad se llega por intuición, por lo que quienes no comparten sus puntos de vista [el de los sabios y elegidos] no son dignos de ser tomados en cuenta.⁵³

- 13- Las ideas de Strauss, a fin de cuentas, no están preparadas para la vida académica, porque “aspiran a la acción”, o lo que es lo mismo, a ser llevadas a la práctica política. “El neoconservatismo, a diferencia del tradicional, que era cauto y moderado [...] es activo, agresivo y reaccionario: su objetivo final es hacer retroceder el reloj de la historia, y combatir a las revoluciones liberales y sus logros”.⁵⁴
- 14- Para Strauss y sus discípulos –al estilo de Irving Kristol o Allan Bloom, o de los discípulos de este último, como Francis Fukuyama–, los 60 fueron el origen de todo el mal que aqueja a la sociedad norteamericana actual, de su decadencia, expresada en la violencia, las drogas y el auge del crimen, “[...] por-

que el libertinaje engendra decadencia social”.⁵⁵ La mejor manera de salvar a los Estados Unidos de su “[...] fascinación nefasta por la libertad [que deriva siempre en libertinaje], según Kristol, es usando a la democracia para derrotar a la libertad, convenciendo a la gente de que la libertad termina en anarquía, conduce al crimen, las drogas, el homosexualismo, la ruptura de los vínculos familiares [...] con lo cual apoyarán, al final, a las políticas conservadoras”.⁵⁶

Shadia B. Drury concluye este recorrido por el lado oculto de la filosofía de Leo Strauss y sus seguidores con el siguiente llamado de alerta: “Es irónico que los neoconservadores norteamericanos hayan decidido conquistar el mundo en nombre de la misma libertad y democracia a las que nada los une”.⁵⁷

A nadie debe extrañar que los principios filosóficos strausianos sean perfectamente identificables en la base de la política exterior del actual gobierno bushista, desmintiendo las seráficas declaraciones de Wolfowitz, curiosamente, uno de sus artífices. El análisis que de ella hace Thomas G. West, del Claremont Institute, en su artículo “Leo Strauss and American Foreign Policy”, así lo demuestra, aunque afirme que “[...] dicha influencia sobre la administración [de Bush] ha sido muy exagerada”.⁵⁸ Vale la pena analizarla comparándola con la realidad:

- 1- “De acuerdo con Strauss –afirma West–, cada nación debe conducir su propia política exterior y no debe hacerla descansar sobre los organismos internacionales: Strauss era unilateralista, no multilateralista”.⁵⁹ Casualmente, de la misma manera en que se comporta hoy el gobierno de Bush Jr. con respecto a la ONU y otras agencias internacionales.
- 2- “De acuerdo con Strauss –comenta West–, el objetivo de toda política exterior es, o debe ser, la supervivencia, la independencia y la autoconservación [de la nación], y nada más”.⁶⁰ Esta afirmación de West se clarifica, y clarifica su nexo con la política exterior de Bush Jr., cuando dice, citando las ideas de Strauss: “La política exterior de cada nación se consagra a su propio beneficio [...]. Por la misma razón, ningún país sensible se compromete con la expansión imperial para su engrandecimiento,

pero puede hacerlo cuando considere que se encuentre en peligro su supervivencia”.⁶¹ Casualmente, el mismo pretexto que esgrimieron Bush y sus acólitos cuando diseñaron la guerra infinita contra “más de 60 oscuros rincones del planeta”, comenzando por Afganistán e Iraq.

- 3- “Strauss, siguiendo las ideas de Tucídides –comenta West–, afirma que ‘lo que conocemos como el derecho natural de los fuertes a conquistar y expandirse, [...] no siempre lleva al expansionismo [...]. En otras palabras, decir que bajo ciertas condiciones el imperio sea posible y necesario, no significa que se sea imperialista’”.⁶² Ni más ni menos, la esencia de lo que el presidente Bush afirma de su propio gobierno, apelando a los malabarismos verbales que caracterizan a los neocons, cuando de parecer “políticamente correctos” se trata.
- 4- “La política exterior para Strauss, tanto como para los clásicos, es un asunto de hegemonismo, antes que de benevolencia [...]. Su justificación moral radica en que mediante él se procura la mejor vida posible para el pueblo, mientras se le preserva de los daños que otros intenten causarle”.⁶³ El argumento parece sacado de algún discurso de Bush Jr., tras el 11 de septiembre.
- 5- West se aventura a conjeturar que:

Strauss [en el caso de Iraq] hubiese recomendado a los Estados Unidos hacer todo lo que pudiera beneficiar su propia seguridad. Si ello beneficia a otras naciones, mucho mejor. Pero intentar construir la democracia donde no existen las condiciones mínimas para ello, traerá más perjuicios que beneficios [...]. Kristol y Kagan, por su parte, argumentan que los Estados Unidos tienen la obligación moral, no solo de hacer el mundo más seguro, sino más democrático.⁶⁴

Como se aprecia, de una u otra manera, lo más importante continúa siendo el “derecho” del más fuerte a intervenir en otras naciones para su propio beneficio. Suena conocido, ¿verdad?

- 6- West escribe:

Sospecho, que Kristol y Kagan [y los neocons, en general] coinciden menos con Strauss y los Padres Fundadores, que

con los principios políticos del Progresismo Americano de Theodore Roosevelt, quien proclamó en “Expansion and Peace” (1899): “[...] La mejor política es el franco expansionismo a costa del resto del mundo: cada expansión de un Estado civilizado significa una victoria para la ley, el orden y el derecho”.⁶⁵

A pesar del heroico esfuerzo de West, queda claro lo mucho que debe al pensamiento straussiano la filosofía del gobierno de Bush Jr., en lo tocante a política exterior. Y el balance final es –como pedía Teddy Roosevelt–, “francamente imperialista”.

“Expansión and Peace” es el segundo de los escritos recogidos en el libro de Roosevelt *The Strenuous Life* dedicado a compilar sus ensayos y discursos. El libro fue publicado en 1900, en New York, por The Century Co. El artículo, que vio inicialmente la luz en el periódico *Independent*, del 21 de diciembre de 1899, constituye una abierta declaración imperialista y un llamado a subyugar a “las naciones bárbaras” mediante guerras civilizatorias, algo que parece sacado de un ensayo de Samuel Huntington, o del discurso de algún destacado neocon, al estilo de Dick Cheney o Paul Wolfowitz. Vale la pena citar un fragmento para experimentar la sensación de que acaba de ser escrito ayer, y no hace 105 años:

La tendencia al crecimiento del pacifismo entre las naciones se observa solo en aquellas que son civilizadas. En la frontera entre civilización y barbarie, la guerra es un proceso normal [...]. En su larga marcha los hombres civilizados han comprendido que solo les será dado mantener la paz si subyugan a sus vecinos salvajes: los bárbaros solo se rinden ante la fuerza bruta [...]. Cada expansión de la civilización se realiza por la paz [...]. La expansión redunda no solo en beneficio de la potencia que la protagoniza, sino del resto del mundo [...]. Las naciones que se expanden y las que no se expanden pueden caer, pero las primeras dejan herencia y gloriosas memorias, mientras que las segundas no dejan nada.⁶⁶

En esta misma dirección, o sea, en la defensa del uso descarnado de la fuerza en las relaciones internacionales, se inscribe

el aporte de Albert Wohlstetter, el tercero de los pensadores y estrategias que conformaron la fisonomía final del movimiento neocon.

Wohlstetter es una de esas figuras que se resiste a ser encasillada bajo una etiqueta política determinada –afirma Wolfowitz en la entrevista concedida a Tannenhaus–. Siempre fue muy exigente con el análisis de los datos. Sus acercamientos a la política se basaban en el estudio de la realidad [...] yo fui su alumno, y me identifiqué mucho con su método, que podría ser definido como un sistema de análisis ecuánime que, aparentemente, separaba la moral de la política, como si no formaran parte de la ecuación.

Fue muy gratificante para mí descubrir, al conocerlo mejor, que existían profundas consideraciones morales en la manera como se relacionaba con los asuntos.⁶⁷

Que alguien como Paul Wolfowitz, tan ignorante de las consideraciones morales a la hora de la toma de decisiones políticas, afirme que Albert Wohlstetter, su maestro y protector, le haya parecido un estratega despiadado, es sumamente relevante.

El 10 de enero de 1997, en Los Ángeles, falleció Albert Wohlstetter. Vale la pena reproducir parte de su obituario, escrito por Jude Wanniski, para comprender por qué despertaba tanta admiración y respeto entre los neoconservadores bushistas:

Si Henry Kissinger hubiese muerto el pasado viernes, los periódicos dominicales y los programas de televisión habrían dedicado un espacio considerable a recordarlo. Pero fue Albert Wohlstetter quien murió en su casa de Laurel Canyon, cerca de Los Ángeles. El *New York Times* no publicó la noticia, en su página B8, hasta el miércoles siguiente: “Albert Wohlstetter, 83 años, experto norteamericano en estrategia nuclear. Falleció”. De hecho, sin exageración alguna, de ambos hombres, fue Wohlstetter el más influyente. Puedo decir que Wohlstetter fue el desconocido que más influyó sobre el mundo durante los pasados cincuenta años, incluso, se hallaba entre los diez hombres más importantes del mundo. No

era, como se dijo, “un experto en estrategia nuclear”, sino “El Experto en estrategia nuclear”.⁶⁸

¿Dónde encaja la influencia de “El Experto” sobre los nebulosos orígenes del movimiento neocon? ¿Qué lugar se reserva al pensamiento de un estratega nuclear entre las ideas de los filósofos y críticos literarios que marcaron a los nuevos conservadores norteamericanos?

Albert Wohlstetter fue de los primeros en comprender la dramática diferencia que significaba disponer de armamento de alta precisión, para los mismos objetivos que se perseguían con las armas nucleares, y a la vez, al menor costo de vidas humanas posible –afirma Wolfowitz–. Fue el primer intelectual en reconocer que los misiles crucero *Tomahawk* –desarrollados por la Marina como sistemas de lanzamiento nuclear–, eran más importantes, precisamente, por constituir sistemas convencionales de alta precisión.⁶⁹

Según su obituario:

[...] a partir de 1951, en que [Wohlstetter] se desempeñó como jefe de los analistas políticos de la Rand Corporation [casualmente, uno de los tanques pensantes conservadores a los que nos referimos en anteriores capítulos], ascendió hasta el mismo centro del tablero donde se jugaba el ajedrez nuclear, y se mantuvo en la cima de la pirámide intelectual, sin rival, hasta el fin de la Guerra Fría. Actuó de incógnito, excepto para un reducido círculo de poder de nuestro país, pues no consideraba necesario ser un hombre público cuando su misión consistía en diseñar la gran estrategia capaz de vencer a la Unión Soviética sin necesidad de efectuar un solo disparo nuclear.⁷⁰

Albert Wohlstetter nació en New York y se graduó en la Universidad de Columbia. Trabajó en los 40 en la Junta de Producción de Guerra, y en la industria aeronáutica. Impartió clases en la Universidad de Los Ángeles y en la de Berkeley, California, a inicios de los 60. Entre 1964 y 1980 fue profesor de la Universidad de Chicago. De esta época datan las relaciones con dos de sus principales

protegidos, Richard Perle y Paul Wolfowitz, según su Obituario, “[...] dos de los hombres públicos que en las tres últimas décadas han estado más identificados con la política de confrontación estratégica desarrollada por Wohlstetter”.⁷¹ Él y su esposa Roberta —una historiadora, también experta en cuestiones de seguridad nacional—, fueron consejeros de diferentes administraciones norteamericanas, y se destacaron junto al presidente J. F. Kennedy durante la Crisis de los Misiles de 1962. Entre 1951 y 1963 Wohlstetter fue analista político superior de la Rand Corporation. En los 80 formó parte de la Junta Asesora Presidencial para el Trabajo de Inteligencia en el Extranjero.

El 7 de noviembre de 1985, él y su esposa recibieron de manos del presidente Ronald Reagan la Medalla de la Libertad, la más alta condecoración civil de los Estados Unidos, creada por Truman en 1945, y destinada a “[...] reconocer a individuos que hayan hecho ‘una meritoria contribución a la seguridad nacional y a los intereses de los Estados Unidos, a la paz mundial y a la cultura’”.⁷²

Es interesante constatar que Wohlstetter y su esposa recibieron la Medalla de la Libertad junto a personajes como Jacques Ives Costeau, el filósofo Sidney Hook, la embajadora Jeanne Kirpatrick, la Madre Teresa de Calcuta, dos generales, el actor James Stewart y Frank Sinatra. En su elogio de los galardonados, el presidente Reagan expresó de la siguiente manera el alto aprecio que le merecía el matrimonio Wohlstetter:

Roberta y Albert Wohlstetter son dos de los mejores analistas estratégicos y especialistas en seguridad que nuestro país haya conocido. Solo podríamos describir el trabajo que realizan diciendo que lo hacen para ayudar a la ciudadanía y a los estadistas a comprender las relaciones fundamentales existentes en la era nuclear entre tecnología, política, historia y psicología.⁷³

Refiriéndose específicamente a Albert Wohlstetter, Reagan sentenció: “Ha sido una mano amiga firme, en tiempos inciertos. Sus extensos conocimientos han sido indispensables para el bienestar del mundo libre”.⁷⁴

En sus palabras de agradecimiento, un conmovido Albert Wohlstetter expresó a Reagan “[...] su particular orgullo por recibir esta distinción de manos de un Presidente que se desvela porque la libertad que hemos defendido, y que defendemos, sea posible sin provocar un holocausto que terminaría con toda la humanidad”.⁷⁵

La conmovedora “piedad” de Wohlstetter ha trascendido como si fuese una denominación de origen que sus discípulos reivindicaban. Pero no es por ella, cierta o fingida, que Perle o Wolfowitz lo citan constantemente. Veamos qué ideas aportó a la conformación de la fisonomía definitiva del movimiento neocon.

En su artículo “The Delicate Balance of Terror”, del 6 de noviembre de 1958, las ideas centrales se concentran en la crítica a la concepción de la coexistencia pacífica, llamada por él “la estrategia soviética preferida de Occidente”, concluyendo que, contrariamente a la opinión reinante, “[...] debemos esperar un sensible aumento de los ataques que los soviéticos pueden realizar con pequeños márgenes de alerta previa. Como resultado de ello, la contención estratégica, aunque deseable, será extremadamente difícil de lograr en los momentos críticos de los 60 [...]”.⁷⁶ Así mismo alerta que: “[...] el poder de respuesta que poseemos ante un ataque termonuclear sorpresivo, no se concretará de manera automática, una vez producido, como muchos suponen [...]”,⁷⁷ y prosigue: “[...] el peligro de una guerra general está latente en cada escaramuza local que involucre a una potencia, [aunque] Corea demuestra que es posible llevar a cabo una guerra convencional sin que se convierta en nuclear”.⁷⁸

A manera de conclusión, Wohlstetter vaticina que “[...] será apropiado enfatizar en la importancia de aumentar la capacidad de nuestras armas convencionales, especialmente, la investigación y el desarrollo de armamento no nuclear”,⁷⁹ aunque para poder evitar una guerra atómica general, no solo hacen falta medidas militares, sino también “[...] la reorientación de la política exterior”.⁸⁰

Estas ideas, y su demostración lógica, más allá de cualquier pasión, tal como era costumbre en Albert Wohlstetter, impresionaron profundamente a un joven llamado Richard Perle. “La incontrolablemente analítica de este hombre me impresionó —afirmaría— al extremo de que si no me hubiese seducido con la discusión sobre temas políticos estratégicos, hubiese concluido mis estudios de Español”.⁸¹

En otro de sus reveladores artículos, esta vez titulado “No Highway to High Purpose”, publicado en junio de 1960 en la revista *Life*, Wohlstetter se muestra como un sagaz vendedor a domicilio de la Rand Corporation. La mercancía que pregonaba entonces a la puerta de cada hogar norteamericano mostraba la marca inequívoca de la Rand: se necesitaba una nación con ciudadanos capaces de sacrificarse por el futuro de los Estados Unidos y del “mundo libre”; que estuviesen dispuestos a sortear los espejismos del desarme y los acuerdos internacionales en esta materia, porque estos, lejos de acercar la paz, favorecían la posibilidad de una agresión del enemigo soviético.

En lugar de permitir a los norteamericanos sentarse a descansar sobre la precaria estabilidad que disfrutaban y el nivel de vida alcanzado, Wohlstetter les estruja la cara con razonamientos alarmantes:

Queremos hacer a las nuevas naciones más estables y ayudarlas a abolir la pobreza mediante las innovaciones tecnológicas, pero cada innovación implica cambios e inestabilidad. Deseamos que la democracia se incremente en todas partes, pero esto se contradice con nuestro deseo de no interferir en los asuntos internos de otras naciones. Confiamos en difundir el uso pacífico de la ciencia y la tecnología, pero al hacerlo diseminamos informaciones sobre métodos de destrucción. Queremos defender la independencia del mundo no comunista, pero ello eleva la hostilidad del mundo comunista hacia nosotros. En todos estos temas nuestros deseos son complejos y conflictivos.⁸²

Pronunciándose contra razonamientos facilistas al estilo de “La guerra es algo impensable”, Wohlstetter proclama que “no existen autopistas que conduzcan hacia los propósitos más elevados”,⁸³ o lo que es lo mismo, que el futuro de los Estados Unidos pasa por la asunción de los peligros reales que le rodean, aunque esto implique “sufrir grandes penas”, y hallar soluciones que, en el mundo moderno, jamás serán “ni baratas, ni simples”. “Tememos que nuestras conquistas se vean amenazadas por la necesidad de sacrificarnos –resume–. Pienso que este es un razonamiento equivocado: la amenaza proviene de los riesgos derivados de no hacerlo”.⁸⁴

Tras reseñar los desafíos que tiene ante sí la sociedad norteamericana, que van desde el auge de la cultura popular vinculada al *rock* y al consumo, hasta la necesidad de que alguna instancia (¿el gobierno?) regule las decisiones particulares que inciden sobre la vida social, Wohlstetter reconoce el “[...] creciente papel que juega la política exterior en la vida política del país [y] los enormes problemas que se derivan de nuestra asistencia a los países no comunistas en su desarrollo político y económico, para que continúen libres de la dominación comunista”⁸⁵

El objetivo final de este razonamiento no se oculta: “Mucha gente influyente cree que el desarme es el camino más corto para llegar a un gobierno mundial y, a la vez, eludir la amenaza de una guerra mundial. Pero mientras algunos tratados favorecen en algo la estabilidad y la paz precarias que disfrutamos, otros harán este equilibrio aún más inestable”⁸⁶

Como peligros potenciales derivados de los tratados para el desarme, Wohlstetter cita los siguientes:

- a) La historia está llena de tratados internacionales que han estimulado ulteriores agresiones.
- b) Muchos programas en curso para el uso pacífico de la energía atómica, en nombre de la paz, no han logrado otra cosa que difundir los conocimientos necesarios para producir bombas atómicas.
- c) Algunos tratados propugnan la dispersión de la tecnología militar, lo cual favorece las agresiones antes que la defensa.
- d) Se afirma que las armas son incapaces de detener la guerra, por tiempo indefinido, pero lo mismo puede decirse de los tratados de paz.
- e) La mejor razón que se aduce para justificar los tratados de limitación de armamentos es que permiten aminorar también los riesgos de una guerra. Para nosotros, el motivo más fútil para justificar los tratados es que reducen los gastos del presupuesto, lo que implica reducir nuestros sacrificios [para lograr nuestros objetivos].⁸⁸

Después de vender de manera tan brillante el miedo —la mercancía que le encomendase la Rand Corporation—, Wohlstetter aclara

que “[...] la mayor consecuencia de la gran prosperidad norteamericana [...] es que podemos desplegar considerables esfuerzos para el desarrollo económico, reducir los riesgos de una guerra nuclear, y proteger la independencia política y el desarrollo del mundo no comunista, sin que esto implique grandes sacrificios”.⁸⁹

No debe extrañar que Wohlstetter haya influido sobre el estilo de venta a domicilio de los neocons, pues, comparten el miedo como mercancía y también su corolario: la necesidad de armarse de manera creciente, o lo que es lo mismo, la necesidad de efectuar gastos multiplicados en materia de defensa que, casualmente, siempre benefician a corporaciones como Rand, encargadas de hacer *lobby* a favor del complejo militar-industrial.

Otro de los legados de Albert Wohlstetter puede hallarse en sus ideas sobre cómo lidiar con “la Cuba de Castro”, según sus propias palabras. Ese pensamiento se desarrolló mientras fungió como asesor de diversos presidentes, entre ellos John F. Kennedy, en los momentos más álgidos de la Crisis de Octubre. Tres de sus escritos fundamentales se dedican a este tema, presumiblemente redactados para asesorar a distintos presidentes de los Estados Unidos.

En “Notes on the Cuban Crisis”, fechado el 28 de octubre de 1962, Wohlstetter propugna la necesidad de mantener las bases militares norteamericanas en territorios extranjeros, y de incrementar la ayuda a las fuerzas contrarrevolucionarias cubanas, a pesar de las seguridades públicas ofrecidas por Kennedy de “no invadir el país”, pues ello, en su opinión, “[...] no constituye una explícita renuncia a apoyar a la resistencia interna”.⁹⁰ La parte más jugosa del pastel no estaba, por supuesto, en las millonarias cifras que ya se asignaban para subvertir la Revolución en Cuba, ni para mantener la mayor estación CIA que funcionase durante los años de la Guerra Fría, con similar objetivo. La pasión cubana de Wohlstetter, tras la crisis de Octubre, se explicaba en el siguiente razonamiento:

Tal como hemos formulado la cuestión [se refiere a los acuerdos logrados con la URSS para poner fin a la crisis], se pueden generar conversaciones ambiguas sobre qué entender por simetría y justicia en el campo del desarme, que pueden ser explotadas por Krushev* para demostrar la vali-

*Nikita Serguéievich Jruschov o Nikita Serguéievich Krushev.

dez de su posición en Cuba como un aporte a la distensión. No es de interés de los Estados Unidos hablar de limitaciones solo con respecto a los misiles superficie-superficie o los bombarderos en Cuba, sino también debemos tender a construir una **defensa activa**, traspasada la cual asumiremos que se trata de acciones ofensivas [de los soviéticos].⁹¹

El objetivo final de este aparentemente impecable razonamiento lógico-matemático de Wohlstetter queda claro: ¿cómo construir esa **defensa activa** si no es apelando a gastos crecientes en materia de armamento estratégico? La Rand Corporation debió darle varias palmaditas de felicitación a aquel avisado viajante de comercio que era capaz de sacar dinero hasta de una crisis que tuvo al mundo al borde del desastre nuclear.

En cuanto a Cuba, en opinión de Wohlstetter “[...] debemos esperar una acumulación de presión interna [sobre el gobierno cubano] en meses venideros, para tomar un papel activo [efectuar una invasión directa] y sacar del poder al comunismo en la Isla”.⁹²

En su “Studies for a Post-Communist Cuba”, fechado el 25 de febrero de 1963, y que constituye un temprano antecedente del recién aparecido “Informe para la Transición en Cuba” de Colin Powell, Wohlstetter resume sus ideas tras concluir varios encuentros de trabajo sostenidos con analistas estratégicos de Washington, entre los cuales se encontraban los cubanos Felipe Pasos y Ernesto Betancourt. El punto de partida se ubica en una afirmación de destacada sinceridad: “Las revoluciones son fenómenos altamente impredecibles que frecuentemente nos toman por sorpresa”.⁹³ Por ello —afirma el autor del estudio—, se hace necesario estar preparados para el inevitable fin de la Revolución cubana “con o sin nuestra ayuda”.

Todos los problemas que Wohlstetter plantea para ese hipotético futuro de Cuba, que 41 años después aún no ha llegado, exigen del gobierno, por supuesto, significativos desembolsos. Entre los problemas principales a encarar, y en consecuencia, los gastos principales a efectuar, están los siguientes:

- a) El examen de las alternativas político-militares que deben ser tomadas en Cuba.
- b) Estudios de cronogramas para restaurar los derechos civiles y las elecciones, ofreciendo ciertas garantías [no absolutas

garantías] como salvaguarda contra soluciones extremistas [léase, el genocidio contra los cubanos].

- c) Analizar las consecuencias de las alternativas económicas, sociales y políticas que se decidan. Estos estudios deben incluir las medidas que un gobierno cubano deberá implementar [...] y cómo afectarían los intereses de los Estados Unidos y sus aliados.⁹⁴

Tales estudios de factibilidad para rentabilizar la inversión cubana, en opinión de Wohlstetter, deben estar “[...] a la mano, antes de tomar cualesquiera de las opciones que se ofrecen, desde una invasión directa hasta la convivencia, aunque esto último no deberá ocurrir”.⁹⁵

Liquidar a la Revolución cubana, entonces y hoy, continúa siendo un asunto de importancia estratégica para la política exterior de los Estados Unidos y para sus más reaccionarios ideólogos. Pocas veces se ha definido el asunto con mayor exactitud que en las palabras de Wohlstetter:

La transformación de la Cuba comunista en una sociedad libre tendrá enorme importancia, no solo para América Latina, sino también para el resto del mundo. Será la primera transformación de este tipo, y ocurrirá sin que lleguemos a la guerra [con la URSS] ni nos amenacen mayores riesgos, debido a nuestra gran superioridad militar regional. Debemos poner manos a la obra.⁹⁶

En estas declaraciones de Wohlstetter se delinea, tempranamente, la estrategia de subversión contra los países socialistas puesta en práctica por los Estados Unidos, y que concluyó con la desaparición de la Unión Soviética. No debe excluirse en ellas una buena dosis de aliento para lanzar una agresión militar directa contra Cuba, para que se disparasen los gastos militares globales ante la presumible reacción de la URSS. Poco importaban los riesgos para cubanos, norteamericanos y ciudadanos del planeta siempre que la Rand Corporation y sus clientes se sintiesen satisfechos con las ganancias. A tal extremo se llega, que se recomienda al gobierno permitir el acceso a las fotografías del espionaje aéreo sobre Cuba, tomadas durante la Crisis de Octubre, “[...] para analizar el estado de la agri-

cultura y otros segmentos de la economía”,⁹⁷ con el objetivo de fundamentar las privatizaciones, tras el hipotético fin de la Revolución.

En “On Dealing with Castro’s Cuba: Part I”, del 16 de enero de 1965, Wohlstetter hace un desesperado esfuerzo por refutar los argumentos de quienes abogaban por una reaproximación de los Estados Unidos a Cuba, entre ellos, los gobiernos de Francia y el Reino Unido, lo cual significaría una notable reducción de las tensiones internacionales y, en consecuencia, de los gastos militares.

La estrategia que Wohlstetter recomienda es claramente maquiavélica, y tendía a mantener o aumentar, de ser posible, los problemas internos de Cuba y el cerco que la asfixia, como herramientas para que no se produzca una distensión internacional, ni avance la coexistencia pacífica. Veamos algunas de sus recomendaciones:

- a) “Debe exigirse a Castro la liberación de los 15 000 prisioneros políticos que existen en Cuba, no solo como un acto humanitario, sino además para dar un paso más en la formación de una oposición a su gobierno [...]. Sacarlos del país podría ser también un acto humanitario, pero [...] tendría menos valor para el futuro de la oposición a Castro”.⁹⁸
- b) No debe firmarse ningún acuerdo para limitar los vuelos espías de los U2 sobre Cuba.
- c) En la esfera comercial, no debe hablarse de “normalización” de las relaciones entre los dos países, pues “[...] hemos cortado los subsidios comerciales a Cuba, y en este sentido, retomar la ‘normalidad’ no es deseable”.⁹⁹ El bloqueo contra Cuba deberá mantenerse, pues por “normalización” se entiende su levantamiento, y para justificarlo “se deben repetir las razones aportadas por el subsecretario de Estado, George Ball, en su discurso del 23 de abril de 1964:
 - Para reducir la voluntad y el poder de Castro de exportar la subversión y la violencia a otros países de América Latina.
 - Para demostrar al pueblo de Cuba y a elementos dentro del propio gobierno cubano que el actual régimen no puede servir a sus intereses.
 - Para demostrar a los pueblos de las repúblicas latinoamericanas que el comunismo no tiene futuro en el Hemisferio Occidental.

- Para elevar los costos del mantenimiento soviético de un puesto de avanzada en el Hemisferio Occidental.¹⁰⁰
- d) No debe aceptarse la lógica según la cual reducir la ayuda que presta el gobierno de los Estados Unidos al exilio cubano en su lucha contra la Revolución significaría una reducción paralela de la ayuda que presta el gobierno de Cuba a las revoluciones en la región. “No se debe aceptar esta lógica porque ofrecería cierto aliento a futuras revoluciones en América Latina, incluso si no son alentadas por Castro, siguiendo su exitoso ejemplo”.¹⁰¹
- e) Contra la teoría del “comunismo opulento”, según la cual “[...] si ayudamos a Castro a reestablecer la economía, este relajará su seguridad interna y las limitaciones a las libertades civiles, volviendo gradualmente al seno de la democracia”,¹⁰² Wohlstetter aduce que “[...] no existen evidencias que demuestren la supuesta relación existente entre la opulencia y el ablandamiento”,¹⁰³ y que en el caso concreto de los cubanos, “[...] han sido más desafortunados y aventureros cuando su economía ha florecido”.¹⁰⁴ Si bien es cierto que “[...] ninguna revolución exitosa se avizora contra Castro”,¹⁰⁵ los Estados Unidos deben estar preparados para el supuesto caso de que ocurra, pues dada la insularidad de Cuba “[...] ni la URSS podrá practicar una intervención completa, ni los Estados Unidos quedarán indiferentes”.¹⁰⁶
- f) A quienes creen que Cuba no es una amenaza militar para los Estados Unidos, debido a su pequeño tamaño, en comparación con China o la URSS, Wohlstetter les responde:

[...] por el solo hecho de encontrarse a 90 millas de las costas de los Estados Unidos [...] Cuba es una inmensa amenaza, no por su cercanía, sino por su lejanía de la URSS y China, una demostración de que en la confrontación Este-Oeste, el comunismo puede expandirse a través del océano. El solo hecho de que esta nueva avanzada comunista pueda fácilmente sobrevivir a nuestra hostilidad, e incluso florecer con nuestra ayuda, estimulará futuras imitaciones de Castro.¹⁰⁷

Entre esas “imitaciones” ya en curso, Wohlstetter cita a las FALN de Venezuela, “[...] movimiento que hoy no es menos exitoso de lo que fue el movimiento de Castro seis meses antes del derrocamiento de Batista”,¹⁰⁸ también el movimiento de Marquetalia, en Colombia, y el de los estudiantes y mineros en Bolivia y Panamá. Para cerrar con broche de oro esta estrategia del terror, Wohlstetter profetiza: “Solo necesitamos que otro país se incorpore a la senda del castrismo o se eche en brazos del comunismo para que el público de los Estados Unidos experimente una alarma extrema”.¹⁰⁹

g) Las conclusiones a que arriban estos razonamientos de Wohlstetter son en extremo sencillas: “No debemos hacer nada que contribuya a la consolidación del régimen de Castro, ni ahora, ni nunca”.¹¹⁰

Pasada ya su fiebre cubana, otros aspectos del pensamiento estratégico de la mente brillante de Wohlstetter asoman en trabajos como “Strenght, Interest and New Technologies”, del 24 de febrero de 1968, el cual tiene como centro la refutación de la teoría de que “[...] se ha llegado a una meseta en el desarrollo de las artes ofensivas y defensivas nucleares”,¹¹¹ una especie de punto muerto de equilibrio entre las capacidades ofensivas y defensivas creadas por las nuevas tecnologías. Tras analizar las consecuencias directas e indirectas del auge de las computadoras, la creciente exactitud de los misiles, la dispersión de la tecnología nuclear, las relaciones entre potencias nucleares y los países que carecen de este armamento, así como la situación en el llamado Tercer Mundo, Wohlstetter arriba a un grupo de deducciones interesantes:

- a) La llamada meseta en el desarrollo del armamento nuclear no pasa de ser “un espejismo”.
- b) Las armas nucleares no harán iguales a las potencias grandes y pequeñas, pero acrecentarán la posibilidad de accidentes e incomprensiones, en particular en la coerción sobre las potencias no nucleares.¹¹²
- c) Las nuevas tecnologías no eliminarán las disparidades existentes entre los países grandes y pequeños: en algunos aspectos

- las incrementarán, pues estos últimos no estarán en condiciones de erogar lo necesario para su sustentación.¹¹³
- e) Es una ilusión creer que el desarrollo técnico lleva de un modo directo a la omnipotencia. Existen diversos tipos de guerras difíciles de ganar, a pesar de tal desarrollo, como por ejemplo las guerras revolucionarias, donde las últimas tecnologías en armamento se han mostrado irrelevantes, como por ejemplo, lo ocurrido en Vietnam, que puede suceder en Colombia, o en Cuba.¹¹⁴
 - f) El hecho de que la tecnología militar permita a los Estados Unidos proyectarse a grandes distancias no significa, mecánicamente, la extensión de su hegemonía política.¹¹⁵
 - g) Los intereses distantes no deben ser tomados siempre como atributos del imperialismo; los países menos desarrollados pueden tener, quizás, más intereses en los países desarrollados distantes, como fuente de ayuda y mercado para sus exportaciones.¹¹⁶
 - h) [Las nuevas tecnologías] incrementan las posibilidades de cooperación y también las de coerción, a nivel mundial.¹¹⁷
 - i) Los cambios en las nuevas tecnologías han extendido de forma dramática el rango dentro del cual los adversarios potenciales pueden causar daño,¹¹⁸ [con lo cual la seguridad nacional está, como nunca antes, en peligro].

El corolario de estos razonamientos es obvio: hacen falta mayores inversiones en las nuevas tecnologías militares para reducir los peligros potenciales que han surgido y que ponen en peligro la seguridad nacional, no solo por emanar de otras potencias nucleares, sino también de países pequeños: ni más ni menos, otra vez, la estrategia del miedo.

En sus artículos “Metaphors and Models: Inequalities and Disorder at Home and Abroad”, del 27 de agosto de 1968, “Making Up for Lost Time or Lost Utility: Casual Notes on Equality and Equity”, de septiembre de 1968, y en “Race Differences in Income”, de octubre de 1970, los desvelos de Wohlstetter se dirigen hacia otra dirección: el creciente deterioro de la situación interna de los Estados Unidos y el mundo debido a las consecuencias de la guerra de Vietnam, el auge de los movimientos de liberación en el Tercer

Mundo, y sobre todo, la lucha de las minorías por sus derechos y reivindicaciones.

Wohlstetter se encontraba entonces muy impresionado por el ascenso de las luchas contra el imperialismo, el capitalismo y el colonialismo en todo el mundo, pero sobre todo, por la sintonía que se establecía entre los sujetos de esas luchas dentro de los Estados Unidos y fuera de ellos. La radicalización creciente de estos procesos lo espantaban, y no cesaba de alertar sobre el hecho de que “[...] para los militantes, y para la Nueva Izquierda, la identificación con el Tercer Mundo es muy apreciable en el caso de África, Cuba y Vietnam”.¹¹⁹

El esfuerzo que demandaba del país la guerra de Vietnam tenía también –como efecto colateral indeseable–, el aplazamiento de la urgente atención que necesitaban las comunidades marginadas, y en primer lugar, los negros, con lo cual su descontento y rebeldía subía de tono cada vez más. “El creciente extremismo en la política norteamericana era visible –alertaba Wohlstetter– en un lenguaje desmesurado y violento [...] llamaba ‘prisiones’ a los proyectos urbanísticos en los barrios negros, ‘esclavitud’ a la pobreza, y ‘liberación’ a las demandas por una vida mejor”.¹²⁰

Para aumentar la histeria y el creciente temor que agobiaba a la clase dominante y al gobierno de los Estados Unidos, Wohlstetter no titubeaba en citar a Ernesto Betancourt –funcionario de la OEA y exiliado cubano–, cuando –sobre las conexiones existentes entre lo que llama “desórdenes civiles” en los Estados Unidos y los frentes de liberación nacional, más allá de sus fronteras– comentaba: “Que Carmichael y Rap Brown hablen de revoluciones y guerrilla [en los Estados Unidos] –apunta Wohlstetter citando a Betancourt– constituye un aliento para los revolucionarios en América Latina”.¹²¹

Wohlstetter dedicó no poco esfuerzo en esta época a intentar profundizar en las causas de lo que llamaba “desórdenes sociales y raciales” en su país, no para intentar una solución, sino para paliar las graves afectaciones que provocaban a la estabilidad y credibilidad del sistema. Y alertaba:

Nuestras inequidades internas, tanto como los desórdenes civiles asociados a ellas afectan nuestras relaciones con el Tercer Mundo, y también con nuestros aliados europeos.

Los desórdenes raciales y la violencia sugieren una inesperada debilidad en el gigante americano, del cual Europa depende para su protección nuclear. La inequidad, que es la raíz de la violencia, afecta nuestro ejemplo ante el mundo.¹²²

Ante esta disyuntiva, la poderosa mente lógico-matemática de Wohlstetter arriba a una paradójica conclusión: lejos de proponer soluciones para lo que llama “inequidad”, fuente de todos los problemas, se preocupa por “[...] intentar desconectar nuestros problemas internos de los externos”,¹²³ y en primer lugar, “[...] alentar el crecimiento de la clase media entre los negros”.¹²⁴

Otra de las vertientes del pensamiento de Wohlstetter aparece recogida en sus impresiones y evaluaciones tras visitar –entre el 8 y el 19 de mayo de 1962–, Japón, Singapur y Hong-Kong, para explorar la posición de China con relación a la situación del Sudeste Asiático, sus lados débiles y sus fortalezas. Sin dudas, el verdadero objetivo de aquel extraño safari oriental era sondear la disposición real de China para servir de punta de lanza contra la URSS, el principal enemigo a vencer.

No menos elocuente fue su postura ante la guerra de Vietnam. En momentos en que gran parte de la opinión pública de los Estados Unidos, y casi la totalidad de la del mundo, se oponían a la genocida y rapaz agresión, Wohlstetter estaba también entre sus críticos, pero del lado de los que reprochaban al gobierno norteamericano no ser lo suficientemente enérgico como para vencer, a cualquier precio, la resistencia del pueblo vietnamita. Así lo expresó con claridad en su artículo “On Vietnam and Bureaucracy”, del 17 de julio de 1968:

Mientras que aplicar la política de la fuerza bruta fue errado, es concebible, según sus propios términos, que hubiese sido exitosa si se hubiese usado masivamente. Y no haberlo hecho no se debió, de ninguna manera, a la escasez de recursos norteamericanos. Después de todo, los Estados Unidos pusieron sobre las armas, durante la Segunda Guerra Mundial, un ejército de 16 354 000 hombres [...]. Tenemos la posibilidad ahora de tener sobre las armas a más de 20 000 000 de soldados, más que toda la población unida de Vietnam del Nor-

te. [...] Algo semejante hubiese facilitado, sin dudas, las operaciones de “búsqueda y destrucción” [del enemigo] [...] aunque no hubiese sido deseable, desde el ángulo político [...] ¹²⁵

Sobre Vietnam existe también otro documento de la autoría de Wohlstetter llamado “Comments on the Wolf-Leites Manuscript: ‘Rebelión and Authority’”, fechado el 30 de agosto de 1968. En él puede leerse una elocuente definición de la “insurgencia” en países como este, apelando a la sempiterna amenaza comunista:

No me queda claro cómo definir a “la insurgencia”. [En el caso de Vietnam] pienso que tenemos que lidiar con la misma rebelión comunista en las áreas rurales que suele tener lugar en los países subdesarrollados [...]. Existe un tipo de identificación romántica con las revoluciones como si estas fuesen algo intrínsecamente bueno... Pero es difícil sustentarlo como posición universal. ¹²⁶

Paradójicamente, una de las acciones más conocidas de alguien como Albert Wohlstetter —quien siempre procuró quedar en las sombras—, estuvo vinculada a una operación estratégica secreta, que por su envergadura y resultados, no pudo mantenerse oculta. Se trata de una operación de desinformación a gran escala sobre la verdadera magnitud del “peligro soviético” conocida como “Team B”, en opinión de quienes escriben en la página de Internet *rightweb*:

[...] el más notorio intento de los militaristas e ideólogos de derecha de desafiar a la CIA, a mediados de los 70, [...] un caso clásico de tergiversación de una amenaza por parte de los halcones, con el objetivo de incrementar los presupuestos militares y otorgar la primacía a los Estados Unidos en la Guerra Fría. El “Team B” contribuyó a enterrar la política de contención y los tratados SALT, que contaban con el apoyo de los líderes de ambos partidos. ¹²⁷

La relación de Wohlstetter con el “Team B” se remonta a 1974, cuando escribió el artículo “Is There a Strategic Arms Race?”, en el cual concluía que los Estados Unidos habían sido sobrepasados por la URSS, en lo tocante a superioridad militar, por no haber

cerrado a tiempo la brecha de los misiles. “Tras haberse inspirado en las conclusiones de la Comisión Gaither, de 1957, que dio la voz de alarma sobre la brecha de los misiles –apunta *rightweb*– Wohlstetter aplicó la misma metodología alarmista para activar a los halcones, a los partidarios de la Guerra Fría, y a los anticomunistas, a mediados de los 70”.¹²⁸

Por aquel entonces, Gerald Ford era el presidente. Las exigencias de los círculos de derecha más agresivos se centraban en la necesidad de convocar a un panel “independiente” para que valorara las conclusiones de la CIA sobre la envergadura de la amenaza soviética, a las que tildaba de “inexactas y falsamente apaciguadoras”. Solo con el nombramiento de George Bush Sr. como director de la CIA, en sustitución de William Colby, se dieron las condiciones ideales para que este autorizara la investigación alternativa.

Los investigadores se dividieron en tres paneles: el primero, para valorar el peligro que representaba la exactitud de los misiles soviéticos; el segundo, para determinar los probables efectos de la defensa antiaérea de la URSS sobre los bombarderos estratégicos norteamericanos; y el tercero, el Panel sobre Objetivos Estratégicos, el que al final produjo el llamado “Reporte del Team B”, encargado de determinar las intenciones reales de los soviéticos.¹²⁹

La sola intención de la convocatoria a una investigación independiente traslucía las secretas intenciones de sus propugnadores. Colby, mientras fue director de la CIA, refutó los llamados a semejantes investigaciones con un razonamiento lógico: “Es difícil entender cómo un grupo *ad-hoc* de analistas ‘independientes’ del gobierno puede preparar un informe más cuidadoso y amplio sobre las capacidades estratégicas soviéticas que el que puede preparar la comunidad de inteligencia”.¹³⁰ Pero la trampa no estaba solo en la intención, sino también en las personas escogidas para cumplir la exigencia de Wohlstetter y sus aliados, formando parte del “Team B”. Así lo percibió Paul Warnke, funcionario de la Agencia para el Control de Armamentos y el Desarme: “Lejos de incluir a personas con puntos de vista diversos, el Panel sobre Objetivos Estratégicos estaba completamen-

te compuesto por individuos que habían hecho su carrera mirando con alarma a la amenaza soviética [...]”.¹³¹

Al frente del “Team B” se nombró a Richard Pipes, “[...] un historiador conservador de Harvard, que había editado una colección de documentos sobre la estrategia soviética en Europa”.¹³² Los demás miembros fueron también connotados conservadores, como el Dr. Van Cleave, el general (r) Daniel O. Graham, el coronel (r) Thomas W. Wolfe y John Vogt. Entre sus asesores se encontraban Foy Kohler, Paul Nitze, Seymour Weiss, el general Jasper Welch, y... Paul Wolfowitz, quien entró al “Team B” como uno de los protegidos de Wohlstetter, “por recomendación de Richard Perle”, otro de sus discípulos, y en el mejor estilo nepótico de los neocons, yerno de Albert Wohlstetter.

Hoy se tienen las evidencias de que el reporte del “Team B” exageró, con toda premeditación, la amenaza que representaba la URSS para la seguridad de los Estados Unidos. Sobre la base de sus apreciaciones, se constituyó, en marzo de 1976, durante una cena en el Washington D.C. Metropolitan Club el primer “Committee on the Present Danger”, destinado a “[...] alertar a la opinión pública sobre la creciente amenaza soviética”,¹³³ formado por halcones de la talla de Richard Allen, Max Kampelman, Paul Nitze, Eugen Rostow y Elmo Zumwalt. En noviembre de ese mismo año, a escasos nueve días de que Jimmy Carter ganara las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, el “Committee...” publicaba una tremebunda clarinada de alerta titulada “Common Sense and Common Danger”, que resumía no solo su filosofía, sino también la del “Team B”, y la del propio Wohlstetter, su Padre Fundador: “La amenaza principal contra nuestra nación, contra la paz mundial y la causa de la libertad humana es la aspiración soviética a la dominación mundial basada en su creciente militarización [...]”.¹³⁴

Debe recordarse que un año antes, el 1º de noviembre de 1975, Ronald Rumsfeld había sustituido a James Schlesinger al frente del Pentágono, a propuesta del presidente Ford. En un almuerzo de hora y media, arreglado por un amigo común, Rumsfeld conoció personalmente a Albert Wohlstetter, y comenzó a cooperar con él. Dos días antes de que Carter asumiese la presidencia, Rumsfeld no dudó en declarar, en plena sintonía con su nuevo amigo: “No existen dudas

acerca de la capacidad de las fuerzas armadas soviéticas [...]. Esa capacidad indica una clara tendencia hacia la guerra, antes que hacia el modelo occidental de contención a través del reconocimiento de la vulnerabilidad mutua".¹³⁵

La exitosa experiencia del "Team B" reportó jugosas ganancias a sus promotores, demostrando que la carta del miedo y la exaltación de una amenaza exterior podían ser jugadas siempre, de manera exitosa, en el panorama político de la nación. No solo lograron disparar los gastos militares mediante la derrota total de la política de la contención y las negociaciones con los soviéticos, que habían propugnado personajes como Henry Kissinger, sino que además pusieron a la defensiva a la CIA, y arrastraron a la URSS a una carrera de gastos militares crecientes, que culminarían con el proyecto de "La Guerra de las Galaxias", desangrando su economía y precipitando su fin.

Para culminar tan apoteósica marcha triunfal, Wohlstetter y su equipo, vieron llegar a la presidencia a Ronald Reagan, moviendo los mismos resortes del miedo y las crecientes amenazas exteriores.

Ann Hessing Cahn resume:

Por más de 30 años, la afirmación de que existía una superioridad militar soviética provocó constantes llamados al "rearme" de los Estados Unidos. En los 80, estos llamados se volvieron tan estridentes que el país se embarcó en una carrera armamentista que provocó el gasto de un trillón de dólares. Como resultado, descuidó sus escuelas, ciudades, carreteras, puentes y sistemas de salud, pasando de ser el mayor acreedor del mundo al más endeudado. La amenaza resultó falsa.¹³⁶

Como puede leerse en el Obituario escrito por Jude Wanniski, "[...] cada editorial en *The Wall Street Journal*, durante 25 años, fue producto del genio de Wohlstetter".¹³⁷ Sin dudas, poseía una clara percepción de cómo influir sobre la opinión de las elites de poder del país. Otra lección que aprendieron muy bien sus discípulos neocons.

Al final de su vida, Wohlstetter desarrolló una última ofensiva con el objetivo de eliminar el obstáculo que una Yugoslavia unida e

independiente representaba para los planes estratégicos de los círculos imperialistas norteamericanos. Su dedicación compulsiva a satanizar al gobierno serbio, y su defensa a ultranza de los bosnios evidenciaron el formidable arsenal de trucos propagandísticos y manipulaciones, que poseía y habían sido acreditadas por experiencias precedentes:

- 1) Se pronunció contra los frágiles Acuerdos de Dayton, auspiciados por la administración Clinton, que buscaban el desarme y la coexistencia pacífica de las partes en conflicto, alegando que “[...] tanto la división territorial acordada, como la moratoria al comercio de armamento debían ser transformadas si Bosnia tuviese que defenderse sin ayuda exterior”.¹³⁸
- 2) Para justificar el mantenimiento o incremento de las tensiones, Wohlstetter apeló a la carta clásica del miedo y la disparidad de fuerzas: “A pesar de la hipotética reducción de los ejércitos en la región, Reuters reporta que Serbia ha duplicado su presupuesto federal, y que más de la mitad se ha destinado a gastos militares”.¹³⁹
- 3) Wohlstetter contó en su campaña con la eficaz ayuda de Margaret Thatcher, definida por Jude Wanniski como parte de su “vasta red privada de agentes”. Ambos coordinaron sus esfuerzos en el mes de mayo de 1994. El día 4, la dama escribió un artículo en *The New York Times* titulado “Stop the Serbs. Now. For Good”, y cinco días después, el 9, el caballero publicó uno en *The Wall Street Journal*, bajo el título “Genocide by Embargo”. Este coordinado arrebato justiciero no era casual: pocos días después se votaba en el Senado de los Estados Unidos el proyecto de ley S-2042, conocido como Ley Dole-Lieberman, cuyo objetivo era poner fin al embargo de armas impuesto por la ONU contra Bosnia y Herzegovina. El Center for Security Policy, otro de los tanques pensantes de la ultraderecha norteamericana, que con anterioridad había condecorado a la Thatcher y a Wohlstetter con la distinción “Freedom Flame”, resumió las opiniones de ambos en un comunicado titulado “Do the Right Thing: Lift the Inmoral, Unwise and Illegal Bosnian Arms Embargo-Now”. La concertación de esfuerzos que involucraba a pesos pesados de la política internacional, escribiendo en

- importantes órganos de prensa norteamericanos, a los tanques pensantes del complejo militar-industrial, y a cabilderos en Washington, todos agitando consignas humanitarias, objetivos estratégicos ineludibles, y alertando sobre amenazas contra la seguridad nacional y mundial, constituían la mezcla letal perfecta del arsenal de Wohlstetter contra sus enemigos. En este caso, quedaría demostrada la eficacia de semejante operación.
- 4) La posición “humanitaria” de Wohlstetter ante el supuesto genocidio contra los bosnios y sus llamados al levantamiento del embargo muestran otra de sus armas: la doble moral farisaica. Mientras con notoria hipocresía alega motivos para levantar las restricciones contra Bosnia, no duda en justificarlas contra Cuba e Iraq y pedir su incremento. En el primer caso, lo recomendó expresamente en su informe “On Dealing with Castro’s Cuba”, del 16 de enero de 1965; en el segundo, lo hizo con no menos vehemencia, en el artículo “Genocide by Embargo”, del 9 de mayo de 1994, aparecido en *The Wall Street Journal*: “Los Estados Unidos deben, simplemente, declarar que el embargo no es válido para las naciones soberanas que están sufriendo la agresión y el genocidio serbio. Esta declaración no debe poner ni remotamente en peligro, como se ha sugerido, la operación de embargo contra Iraq [...] el cual [el embargo] deberá concluir con la derrota y rendición de Iraq”.¹⁴⁰

La opinión que de Wohlstetter tienen sus discípulos aventajados, al estilo de Richard Perle y Paul Wolfowitz, ya la conocemos. Para complementarla citemos la de sus víctimas, como por ejemplo, la que aparece en la carta abierta, del 15 de febrero de 1997, enviada por William Dorich, presidente de la “Serbian American Voters Alliance”, dirigida a la Sra. Nalini Lasiewicz, presidenta de la “Laziewicz Foundation”, y cercana colaboradora de Wohlstetter en el tema de los Balcanes:

Usted nunca ha reconocido en público las atrocidades cometidas contra los serbios por parte de croatas y bosnios musulmanes, en esta guerra. Hay 1 200 000 refugiados serbios y más de 44 000 han muerto, de ellos, 26 000 civiles y 7 000 niños.

Tampoco el profesor Wohlstetter ha reconocido ni la más pequeña atrocidad cometida contra los serbios [...]. A cada artículo escrito por este arrogante serbiófobo, nosotros hemos respondido, pero jamás nos han dado la más mínima oportunidad de publicarlo.

[...] Conozco al profesor Wohlstetter, y sé que muchos de sus mismos colegas lo consideran “oportunista” y “bastardo”, pero no será juzgado por nosotros, sino por El Creador.

Hay muchos, como el profesor Wohlstetter, que abusan de su poder para hacer propaganda, no a favor de la reconciliación, sino para atizar aún más la guerra con discursos de odio y terminología insultante hacia los serbios.

El racismo adopta muchas formas, y presentar siempre a los serbios como “agresores malignos” es la especialidad del profesor Wohlstetter.

Sabemos que de los 1,8 billones de dólares de asistencia a Bosnia, los serbios, que constituyen el 49% de su población, han recibido apenas el 2% [...]. ¿Es esa, acaso, la manera en que garantizamos la democracia, matando a un pueblo de hambre?

Deberían avergonzarse. Deberían arder en el infierno, toda la eternidad, por cometer esos crímenes de odio y venganza contra la humanidad.¹⁴¹

No nos engañemos: tales palabras, aunque expresen la verdad, no son las que han trascendido al público norteamericano para que este pueda juzgar la vida y obra de Albert Wohlstetter. No disponemos de mejor indicador para aquilatar la enorme brecha que separa a la realidad de su reflejo en el discurso oficial de la elite política norteamericana, que la forma en que esta ha divinizado al fallecido halcón, casi tanto como a Ronald Reagan, absolviéndolo de culpas históricas en un reciclaje especialmente perverso y muy a tono con la hagiografía neoconservadora.

El 6 de febrero de 1997 el Senado de los Estados Unidos convocó a una sesión solemne para rendir homenaje al prohombre que había desaparecido casi un mes antes. El elogio fue pronunciado, como era de esperar, por Richard

Perle. “Albert Wohlstetter fue un hombre íntegro e intelectualmente honesto –dijo entonces Perle, y no es difícil imaginarlo enjugando, furtivamente una lágrima–. Nunca aceptó cargos en ninguna administración, pues jamás hubiese ocupado una posición que comprometiese la verdad ante las demandas de la política [...]”.¹⁴²

Para cerrar, un conmovido Perle, en un arranque ciceroniano, quiso que el mundo recordase a su suegro y maestro vinculado, no a las siluetas de los bombarderos estratégicos, las víctimas de los embargos, ni las explosiones de las muchas guerras que ayudó a desatar, sino a la poesía de Wallace Stevens y Dylan Thomas:

Do not go gentle into that good night
Old age should burn and rave at close of day;
Rage, rage against the dying of the light.
Though wise men at their end know dark is right,
Because their words had forked no lightning they
Do not go gentle into that good night [...] ¹⁴³

Sin dudas, el elogio que hubiese siempre deseado un neocon como Albert Wohlstetter.

Referencias

- ¹⁻⁴ Kristol, Irving: Neo Conservatism, *The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1995, p. 6.
- ⁵ “The Battle over Ideas. Conversation with Norman Podhoretz, Former Editor, *Commentary*, by Harry Kreisler”, Apr. 6, 1999. En: <http://globetrotter.ber-keley.edu/conversations/Podhoretz/podhoretz-con0.html>
- ⁶⁻⁹ “Lionel Trilling”. En: www.columbiacollege.com
- ¹⁰ “Criticism”. Tomado de: *The Columbia Encyclopedia*, Columbia University Press, 2003. En: <http://www.bartleby.com/65>
- ¹¹ “The 100 Best English-Language Nonfiction Books of the 20th Century”. En: <http://www.infoplease.com/ipea/A0777310.html>
- ¹²⁻¹⁷ “Lionel Trilling: The Liberal Imagination”. Tomado de: Peppe, Enrico. IC’S Top 25 Philosophical and Ideological Conservative Books”. En: <http://www.intellectualconservative.com/bookreviews.html>
- ¹⁸⁻¹⁹ “The New York Intellectuals in Perspective”. En: <http://www.pbs.org/arguing/about.html>
- ²⁰ Ob. cit. (12).
- ²¹ “Lionel Trilling Quotes and Quotations”. En: <http://www.brainyquotes/quotes/L/Lioneltrill112300.html>
- ²² Peláez, Vicky: “De la revolución permanente a la conquista permanente”, *El Diario*, May 20, 2003. En: www.eldiariony.com/noticias/columnistas-detail.com.aspx?sectionId=398xtxid=663394
- ²³⁻²⁸ Vann, Bill: “The Historical Roots of Neoconservatism: Reply to a Slandorous Attack on Trotskyism”, May 23, 2003. En: www.wsws.com
- ²⁹ Kristol, I.: Ob. cit. (1), p. 463.
- ³⁰ Ibidem, p. 380.
- ³¹ “Paul Wolfowitz and Leo Strauss. A Paul Wolfowitz’s Interview by Sam Tannenhaus”. En: http://phronesis.org/article.php?id_article=14
- ³²⁻⁴⁰ McBryde, David: “Leo Strauss”. En <http://members.tripod.com/Cato1/strauss-bio.htm>
- ⁴¹ “Salmo 114”, *Santa Biblia*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1986, pp. 590-591.
- ⁴² “Some Distinguishing Aspects of a Straussian Approach to Political Philosophy”. En: <http://www2.bc.edu/~wilsonop/straussianosm.html>
- ⁴³ Strauss Clay, Jenny: “The Real Leo Strauss”. *The New York Times*. June 7, 2003. En: www.nytimes.com
- ⁴⁴ Kristol, I.: Ob. cit. (1), p. 7.
- ⁴⁵⁻⁵⁷ Drury, Shadia B.: “Saving America. Leo Strauss and the Neoconservatives”, Sept. 10, 2003. En: <http://evatt.org.au/publications/papers/112.html>
- ⁵⁸⁻⁶⁵ West, Thomas G.: “Leo Strauss and American Foreign Policy”, July 12, 2004. En: <http://www.claremont.org/writings/crb/summer2004/west.html>

- ⁶⁶ Roosevelt, Theodore: "Expansion and Peace", *The Strenuous Life. Essays and Addresses*, The Century Co. En: <http://www.bartle-by.com/br/58.html>
- ⁶⁷ Ob. cit. (31).
- ⁶⁸ Wanniski, Jude: "Albert Wohlstetter, R.I.P.", Jan. 16, 1997. En: <http://www.polyconomics.com/searchbase/fyi-01-16-97.html>
- ⁶⁹ Ob. cit. (31).
- ⁷⁰⁻⁷¹ Ob. cit. (68).
- ⁷²⁻⁷⁵ "1985 Presidential Medal of Freedom Recipients Ceremony", Apr. 8, 1985. En: <http://www.medaloffreedom.com/1985Recipients.htm>
- ⁷⁶⁻⁷⁷ Wohlstetter, Albert: "The Delicate Balance of Terror", Dec. 6, 1958. En: <http://www.rand.org/publications/wohlstetter/P1472/P1472.html>
- ⁷⁸⁻⁷⁹ "The Inadequacy of Strategic Deterrence and its Necessity". Ibidem.
- ⁸⁰ "Summary". Ibidem.
- ⁸¹ "The Analyst (Richard Perle, Paul Wolfowitz Alert)". En: <http://20g.157.64.200/focus/f-news/914053/posts>
- ⁸²⁻⁸⁹ Wohlstetter, Albert: "No Highway to High Purpose", June, 1960. En: <http://www.rand.org/publications/wohlstetter/>
- ⁹⁰ Wohlstetter, Albert y Roberta: "On the Importance of Overseas Bases in the 1960's". Tomado de: *Notes on the Cuban Crisis: On the Importance of Overseas Bases in the 1960's. Offense-Defense Semantics. Keeping Open Possible Aid to Cuban Resistance*, Oct. 28, 1962. Ibidem.
- ⁹¹ _____: "Offense-Defense Semantics". Ibidem.
- ⁹² _____: "Keeping Open Possible Aid to Cuban Resistance". Ibidem.
- ⁹³⁻⁹⁶ _____: "Why Study? Studies for a Post-Communist Cuba", Febr. 25, 1963. Ibidem.
- ⁹⁷ _____: "Proposal for a Study of an Economic and Social Program for Post-Communist Cuba". Ibidem.
- ⁹⁸⁻¹⁰⁰ _____: "Does the United States Want What Castro Offers?". Tomado de: *On Dealing With Castro's Cuba: Part I*, Jan. 16, 1965. Ibidem.
- ¹⁰¹ _____: "Stopping the Export of Subversion". Ibidem.
- ¹⁰²⁻¹⁰⁶ _____: "Arguments for a 'Deal' with Castro". Ibidem.
- ¹⁰⁷⁻¹¹⁰ _____: "Is the Communist Cuba no Danger and Are There No Alternatives?". Ibidem.
- ¹¹¹⁻¹¹³ _____: "The Receding Technological Plateau". Tomado de: *Strengh, Interest and New Technologies*, Jan. 24, 1968. Ibidem.
- ¹¹⁴⁻¹¹⁵ "Distant Classical Wars, Old Geopolitics, and New Isolation". Ibidem.
- ¹¹⁶⁻¹¹⁷ _____: "Distant Cultural and Economic Interests". Ibidem.
- ¹¹⁸ _____: "Interests in Safety". Ibidem.
- ¹¹⁹⁻¹²⁴ _____ y R.: "Metaphors and Models: Inequalities and Disorder at Home and Abroad". Aug. 27, 1968. Ibidem.

El Apocalipsis según San George

- ¹²⁵ Wohlstetter, A. "On Viet Nam and Bureaucracy", July 17, 1968. Ibidem.
- ¹²⁶ _____: "Comments on the Wolf-Leites Manuscript: 'Rebellion and Authority'", Aug. 30, 1968. Ibidem.
- ¹²⁷⁻¹²⁹ "Team B Strategic Objectives Panel". En: <http://rightweb.irc-online.org/govt/team-b.php>
- ¹³⁰ Cahn Hessing, Anne. "Part One. Team B: The Trillion Dolar Experiment", *The Bulletin of the Atomic Scientists*. En: http://www.thebulletin.org/article.php?art_ofin=apr93cahn
- ¹³¹ Ob. cit. (127).
- ¹³²⁻¹³⁴ Prados, John: "Part 2". Ob. cit. (130).
- ¹³⁵ Vest, Jason: "Darth Rumsfeld", *The American Prospect*, Febr. 26, 2001. En: <http://www.prospect.org/print-friendly/print/V12/4/vest-j.html>
- ¹³⁶ Cahn H., A.: Ob. cit. (130).
- ¹³⁷ Wanniski, J.: *Ob cit.* (68).
- ¹³⁸⁻¹³⁹ Wohlstetter, A.: "Since Bosnia Has Been Reduced to This". En: <http://www.armedia.net.au/content/bp08/bp08.html>
- ¹⁴⁰ _____: "Genocide by Embargo", *The Wall Street Journal*, May 9, 1994. En: <http://www.centerforsecuritypolicy.org/index.jsp?section=paper&code=94-D-48at2>
- ¹⁴¹ "Personalities: Nalini Lasiewicz. An Open Letter [de William Dorich a Lasiewicz]". En: <http://www.balkan-archive.org.yu/kosta/licnosti/lasiewicz.1.html>
- ¹⁴²⁻¹⁴³ Perle, Richard: "Remembering Albert Wohlstetter", Febr. 6, 1997. En: <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/F?105:1/temp/~DDDMu2:e0>